

**DE LA REALIDAD A LA FICCIÓN: UNA APROXIMACIÓN A *URSÚA* DE
WILLIAM OSPINA**

JORGE HERNÁN AGUIRRE PELÁEZ

UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE PEREIRA.

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN.

ESCUELA DE ESPAÑOL Y COMUNICACIÓN AUDIOVISUAL.

LICENCIATURA EN ESPAÑOL Y LITERATURA.

PEREIRA

2014

**DE LA REALIDAD A LA FICCIÓN: UNA APROXIMACIÓN A *URSÚA* DE
WILLIAM OSPINA**

JORGE HERNÁN AGUIRRE PELÁEZ.

**TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR AL TÍTULO DE “LICENCIADO EN
ESPAÑOL Y LITERATURA”**

DIRECTOR:

Mg. ARBEY ATEHORTÚA ATEHORTÚA

UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE PEREIRA.

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN.

ESCUELA DE ESPAÑOL Y COMUNICACIÓN AUDIOVISUAL.

LICENCIATURA EN ESPAÑOL Y LITERATURA.

PEREIRA

2014

AGRADECIMIENTOS

A mi madre y a mi hermana que han sido, son y seguirán siendo el motor de mi existencia y la principal fuente de motivación para alcanzar mis metas; que con su entereza, apoyo y cariño me han ayudado a levantar hasta en los momentos más difíciles; a mi familia en general por apoyarme durante todo el proceso de formación.

De manera muy especial al Director que orientó el presente proyecto: Arbey Atehortúa Atehortúa; por todo su apoyo, compromiso, dedicación, exigencia e infinita paciencia.

A la Universidad Tecnológica de Pereira por haberme abierto sus puertas; a la Facultad de Ciencias de la Educación; a la Escuela de Español y Comunicación Audiovisual; al Programa de Licenciatura en Español y Literatura, y en general a toda su planta docente y administrativa.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	5
1. HACIA UNA APROXIMACIÓN DE LA NOVELA HISTÓRICA LATINOAMERICANA.....	8
2. EL AUTOR Y SU OBRA.....	16
3. ACERCA DE <i>URSÚA</i>	20
4. REALIDAD HISTÓRICA EN <i>URSÚA</i>	21
5. FICCIÓN NARRATIVA EN <i>URSÚA</i>	28
De la realidad a la ficción.....	34
6. COMPONENTE PEDAGÓGICO.....	60
Metodología.....	63
7. CONCLUSIONES.....	64
8. BIBLIOGRAFÍA.....	66

INTRODUCCIÓN

Hemos de saber que el presente proyecto fue abordado desde una perspectiva puramente literaria e histórica, pero sin soslayar su relación directa con la educación y la cultura. Así, las motivaciones e intereses desde el principio del análisis fueron focalizados estrictamente en ése sentido, teniendo como principales temáticas dos elementos narrativos a abordar dentro del contenido de la obra estudiada, tales como: *realidad histórica* y *ficción narrativa*, aspectos bajo los cuales se fundamenta el respectivo trabajo.

Las temáticas referidas previamente sobre las cuales se sustenta dicho trabajo, obedecen principalmente a un interés por entender la génesis social de nuestro país así como de América Latina; es decir, por intentar comprender la formación de nuestra sociedad como Estado y como parte de todo un continente, de manera que podamos identificar las características socio-culturales así como políticas que incidieron en la constitución y posterior desarrollo del país. Asimismo, otro de los intereses de este trabajo es poder conocernos y también re-conocernos como individuos partícipes de una sociedad que ha tenido sus devaneos en distintos momentos de su historia, al tiempo que resurgen nuevos conflictos como parte de ese mismo proceso histórico.

De esta manera, y por motivaciones ya expuestas fue que se decidió realizar este proyecto en relación con la obra literaria *Ursúa* (2005) del escritor colombiano William Ospina (1954-), ya que en ella encontramos los aspectos que nos interesa destacar en una novela de temática histórica; además de haber generado gran expectativa desde la primera lectura realizada, suscitando curiosidad e intriga en cuanto a los acontecimientos que se narran en dicho texto literario, respecto a lo que tiene que ver con la veracidad de una realidad histórica, donde por supuesto, entran en juego elementos ficcionales que le aportan un ingrediente adicional a la

obra, haciéndola más atractiva para su respectivo análisis así como para su posterior reflexión en torno a lo real y lo ficticio.

Es por ello que surge como necesidad reflexionar en torno a estos elementos que se pueden observar en un género narrativo en particular como la novela, más específicamente en cuanto a lo que conocemos como novela histórica. De ahí, que el objetivo en este proyecto no se trata solamente de explicar las características de la novela histórica o sus obras más representativas e influyentes, sino que se pretende ir un poco más allá, para desentrañar el valor *pedagógico* que puede cumplir este género literario en el ámbito educativo a través de una obra específica a estudiar.

De acuerdo con lo anterior, se pretende explorar con detalle la novela *Ursúa* del escritor colombiano Willian Ospina, con el objetivo de rastrear los rasgos históricos que en esta obra se observan. Para llevar a cabo dicho propósito, es pertinente tomar como referentes teóricos a autores como: Carmen Alemany Bay, Sonia Rose de Fuggle, Seymour Menton, Carlos Mata, entre otros; quienes se han dedicado a reflexionar acerca de qué es una novela histórica, cuáles son sus principales características, en qué época floreció este género literario, etc. Por lo tanto, los conceptos que estos teóricos esbozan nos servirán de soporte para desarrollar el presente trabajo.

De esta manera resulta importante, interesante y muy significativo estudiar la novela *Ursúa* ya que le da una nueva mirada a nuestra historia, en este caso en particular desde la visión de Pedro de Ursúa, uno de los tantos conquistadores españoles que llegó a América en busca de oro, esmeraldas, especias y muchas otras riquezas, y quien fundó la ciudad de Pamplona en Colombia. Además de esto, nos permite reconocer las visiones de mundo, las ideologías, los valores y el modo de vida de diversas culturas en una época determinada de la historia.

Se trata entonces de reflexionar también en torno al valor histórico-educativo que evidencia la novela *Ursúa*, considerando que una creación artística como esta refleja la mentalidad de la sociedad colombiana en una época específica de

nuestra historia, tal es el caso del siglo XVI, contexto en el que se ubican los acontecimientos narrados. De este modo, lo que se pretende es realizar un análisis en relación con las costumbres, pensamientos, sensibilidades y valores procedentes del personaje principal de dicha obra.

Por lo tanto, el interés principal de este proyecto es hacer un rastreo minucioso acerca de la realidad histórica y la ficción narrativa que se hallan inmersos en dicho texto, pero siempre teniendo en cuenta la importancia de aplicarlo en un aula clase, ya que cuando abordamos este tipo de obras es necesario reconocer que no solo poseen un registro histórico, sino que además contienen un gran valor educativo para el reconocimiento de nuestro pasado; es decir que, podemos responder a preguntas como: ¿Quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿cuál es nuestra génesis?, ¿cuáles son las características que definen nuestra idiosincrasia?, etc.

En este orden de ideas es que se pretende desarrollar el presente trabajo, de manera que se pueda mostrar una mirada más amplia con relación a: ¿Qué es una novela histórica?, ¿cuáles son sus orígenes?, ¿cuáles son las características de este género narrativo?, ¿qué obras literarias han sido catalogadas como novela histórica en América Latina? Es en este sentido, que intentaremos abordar de manera complementaria los aspectos esbozados previamente en relación con los elementos histórico-literarios ya mencionados, que conforman la temática a estudiar y que serán el principal objeto de nuestro análisis.

1. HACIA UNA APROXIMACIÓN DE LA NOVELA HISTÓRICA LATINOAMERICANA

Debemos señalar que la novela histórica es una narración de sucesos históricos verídicos ocurridos en un pasado, pero que se re-crean en el plano de la ficción; es decir, es un género que realiza una simbiosis entre realidad e imaginación. Es así, que se toma de la historia personalidades que han tenido un papel fundamental dentro de la construcción de la vida cultural, social y política de una nación o un continente. Asimismo, se re-construyen espacios que fueron testigos de hechos culminantes para una sociedad, como el tiempo en que sucedieron. Es por esto, que el artista juega un papel primordial debido a que apela a sus dos herramientas fundamentales, como son el lenguaje y la imaginación, para deformar, transformar y metaforizar los sucesos ocurridos en un espacio y tiempo determinados.

También se puede entender la novela histórica como una creación literaria donde se identifican plenamente enigmas, costumbres, tradiciones, mitos, etc., que permiten una calidad, desarrollo y deleite al realizar la lectura donde se sincretizan situaciones, historias reales e inverosímiles, que son protagonizadas por figuras o individuos que se rescatan del olvido gracias a la novela histórica. Igualmente, corresponde a relatos consignados con distinción y forma estética que dan muestra de las diversas idiosincrasias y tradiciones propias de los pueblos o regiones.

Hay que tener en cuenta que debemos reconocer nuestro pasado y eso solo se logra a través de la historia, así como los hechos que han marcado el curso de la evolución, el crecimiento y desarrollo de una sociedad en una época determinada. De ahí, que este género literario permita que se re-creen nuevamente relatos, sujetos, anécdotas, mitos, situaciones, espacios, tiempos, lugares y tradiciones que se vivieron a través de sucesos, hechos y diferentes eventos en un período

concreto de nuestra historia, donde el pasado se vuelve presente y seguirá perenne por medio de la escritura para las próximas generaciones.]

En este sentido, hay que entender la novela histórica como un texto narrativo que pretende mostrar los acontecimientos de una época pasada desde una visión verosímil, sin desconocer que aquí lo real también se fusiona sutilmente con la creación imaginaria del escritor, que en muchos casos –por no decir que en todos, porque obviamente no ha de ser en todos- poetiza la obra, es decir, poetiza la historia debido a la propia subjetividad del artista. En este orden de ideas, la narración se presta para develar un determinado sistema de valores y creencias de un grupo cultural, donde el escritor se convierte en un erudito que crea no solo una novela sino también un documento histórico.

Asimismo, es importante manifestar las acepciones que existen con relación a lo que significa una novela histórica. La primera está relacionada con la corriente estética del romanticismo desarrollada en Europa durante el siglo XIX, que realiza sus aportes a dicho género a través de la aparición de la novela *Waverley* (1814) del escritor inglés *Walter Scott* (1771-1832). La proliferación de novelas de corte histórico durante este siglo ha permitido a la académica Sonia Rose de Fuggle encontrar una serie de características que se perciben en estas obras, tal y como lo manifiesta en un texto titulado: *La Nueva Novela Histórica Hispanoamericana, 1 Foro Hispánico*:

- a) los temas son tomados de un pasado pretérito, caduco, alejado de la realidad contemporánea, de allí la preferencia por evocar civilizaciones legendarias y sociedades distintas o desaparecidas;
- b) en cuanto a la posición del escritor respecto de la materia histórica, observamos que su interés es la reconstrucción arqueológica de la vida socio-cultural de una época determinada;

- c) en cuanto a la relación Historia-Ficción, la situación histórica constituye el trasfondo sobre el cual se desarrolla la intriga principal, invariablemente ficticia y en la mayoría de los casos de corte sentimental;
- d) predominan los acontecimientos, encadenados en una estructura causalmente trabada y presentados en un orden todo lo cronológico posible. La atención del lector se centra en el desenvolvimiento de la peripecia y el interés narrativo es creado y mantenido a través del suspenso y la curiosidad;
- e) el autor se sirve de la “retórica de la veracidad” utilizada por el discurso histórico decimonónico y de sus procedimientos objetivadores, de allí el uso de un narrador heterodiegético, que se entromete lo menos posible en el texto, manteniendo el autor la mayor distancia posible entre la voz y los hechos que ésta relata, produciendo así la impresión de que la historia se narra sola. (Rose de Fuggle, 1991: 10)

Teniendo en cuenta las anteriores características se puede afirmar que la novela decimonónica intenta transmitir los hechos históricos por medio de la escritura, permitiéndonos conocer el mundo externo y así poder tener una mirada más verosímil del pasado histórico y de los hechos socio-políticos. Sin embargo, en el siglo XX y específicamente en América Latina es donde existe una divergencia con respecto a los cánones europeos, ya que el novelista americano en su obra artística construye sus propias reglas que han de regir el hilo conductor de la narración, es decir, que crea su propia realidad dentro del mundo ficticio y no se siente comprometido con reflejar el mundo externo. Por lo tanto, utiliza figuras míticas o personajes históricos (Cristóbal Colón, Lope de Aguire, Álgar Nuñez Cabeza de Vaca, etc.) atribuyéndoles características que no siempre pertenecen al personaje real, quizás queriendo mostrar otra posible apariencia o personalidad de estos históricos y míticos sujetos, además que se desenvuelven en espacios anacrónicos, o sea que no corresponden al tiempo o al espacio donde vivieron dichos personajes. Estos recursos literarios los vamos a encontrar con mayor recurrencia en las novelas del argentino Abel Posse (1934-).

De este modo, podemos apreciar y resaltar que en la novela histórica se refleja el modo de vida, la forma de ser, las tradiciones culturales, las ideologías, los valores, las visiones de mundo y las sensibilidades en general de una comunidad o de un grupo específico de la historia.

Igualmente, si queremos tener una visión mucho más amplia y profunda de lo que consideramos como novela histórica, debemos considerar las diferentes visiones y posturas que puede llegar a tomar un autor al momento de escribir su obra, es decir, la intención que pueda tener dicho escritor para narrar la historia, así como sus deseos, anhelos e influencias. De igual manera, como lo señala Sonia Rose de Fuggle:

(...) las obras de tema histórico publicadas en los últimos veinte años no indican un resurgimiento de la novela histórica sino que se trata de un fenómeno nuevo cuyo proyecto común es la impugnación de la Historia. (Rose de Fuggle, 1991: 9-10)

En cuanto a esto, podemos entender mejor a Abel Posse, uno de los escritores latinoamericanos más importantes de los últimos tiempos de este género literario, a quien la crítica especializada ha estudiado con detalle y profundidad, especialmente en dos de sus grandes obras: *Daimón* (1978) y *Los perros del Paraíso* (1983), cuando denomina sus novelas no de “históricas”, ni de “neo-históricas” sino de “contra-históricas”, ya que él toma una posición que difiere de la tradición narrativa europea al querer mostrar la realidad histórica latinoamericana de otro modo, desde otra perspectiva, es decir, “contra-histórica” como él mismo la ha denominado.

Por otra parte, podríamos decir que la novela histórica toma diferentes matices dependiendo de la época, de los acontecimientos acaecidos, de los procesos socio-culturales, de la formación y del bagaje literario que posee el autor interesado en dicho género narrativo, al mismo tiempo que le imprime a su obra una serie de influencias y posturas ya definidas en él, que posteriormente intentará transmitir al lector con la firme y clara convicción de persuadirlo bajo el velo de su discurso narrativo.

Otro elemento interesante para destacar en el sentido de lo que ha sido el proceso evolutivo de la novela histórica, es el hecho de que -como lo afirma Carmen Alemany Bay-:

La recuperación de la novela histórica en las últimas décadas del siglo XX e inicios del siglo XXI ha pasado a convertirse en una de las líneas temáticas más frecuentadas por la narrativa latinoamericana, lo que ha supuesto una nueva forma de afrontar los acontecimientos históricos desde la perspectiva de lo literario. (...) además, se pretende cuestionar lo estratificado por la tradición histórica en un afán de subversión y parodia. (Alemany Bay, 2007: 7)

Es decir, que esto se inscribe en la misma línea a lo que hace referencia Sonia Rose de Fuggle, cuando afirma que la proliferación de varios de los escritores de estas obras permite dar apertura a un nuevo fenómeno literario, que estaría intrínsecamente ligado con la novela histórica decimonónica.

En ese sentido, lo anterior se vincula, si bien bajo un nuevo género narrativo que se incluye o hace parte de la novela histórica, también es fundamental considerar esta nueva tendencia como una alternativa para contar la historia explorándola desde otra perspectiva, la cual tiene que ver con unos recursos retóricos de los que el autor hace uso para su construcción literaria.

De esta manera, podemos observar que la novela histórica ha adquirido a lo largo del tiempo una serie de tendencias o subgéneros si se quiere, que ha permitido que abrigue en esa misma línea nuevas formas de contar la Historia. En esa medida, podríamos decir que no solo se trata de una *nueva narrativa histórica*, sino que también se podría hablar de una Nueva Historia.

Por otro lado, es pertinente ejemplificar las principales novelas latinoamericanas que han sido catalogadas como obras históricas durante el siglo XX; es importante destacar que el tema principal de estas novelas es la historia de la conquista o descubrimiento de América y temas referentes a los grandes mitos fundacionales de nuestro continente; algunas de estas obras con sus respectivos escritores se presentan a continuación:

- *El siglo de las luces* (1962) de Alejo Carpentier.
- *El mundo alucinante* (1969) de Reynaldo Arenas.
- *Yo el supremo* (1974) de Augusto Roa Bastos.
- *Terra Nostra* (1975) de Carlos Fuentes.
- *Daimón* (1978) de Abel Posse.
- *El arpa y la sombra* (1979) de Alejo Carpentier.
- *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad* (1979) de Miguel Otero Silva.
- *La guerra del fin del mundo* (1981) de Mario Vargas Llosa.
- *Los perros del Paraíso* (1983) de Abel Posse.
- *1492, vida y tiempos de Juan Cabezón de Castilla* (1985) de Homero Aridjis.
- *Noticias del Imperio, la trágica historia de Maximiliano y Carlota* (1987) de Fernando del Paso.
- *El general en su laberinto* (1989) de Gabriel García Márquez.

Teniendo en cuenta la importancia de la novela histórica es indudable que se convierte en una herramienta fundamental de la educación, quizá una de las más importantes debido a que es una alternativa para enriquecer el entendimiento conociendo nuestro pasado histórico, y así poderlo compartir con otras generaciones.

Ahora bien, no podemos dejar de lado el papel que ha cumplido la mujer latinoamericana en la construcción y desarrollo de la novela histórica -o bien en la evolución de la *nueva narrativa histórica*-, ya que de alguna manera ha logrado cambios y aportes significativos en lo concerniente a dicho género literario. Se estima que esta nueva narrativa, con la cuota femenina presente, aunque desigual y menos desarrollada entre las escritoras, casi siempre ha abordado -como lo señala Carmen Alemany Bay-:

(...) la historia latinoamericana desde la Independencia hasta comienzos del siglo XX; pero muy pocas las que se centran en la historia colonial. Es de destacar que cuando así lo hacen prescinden de los grandes nombres históricos –como es usual en los principales iconos de la nueva novela histórica-, e incluso derivan sus argumentos

hacia historias mínimas de la Historia, y no siempre éstas se ubican en América Latina. (Alemany Bay, 2007: 7-8)

Esto, para decir que la mujer latinoamericana al igual que los escritores ya mencionados, también se ha interesado muchísimo en el desarrollo histórico de nuestro continente, quizás por un ferviente deseo de conocer y re-conocer nuestro pasado, por entender y comprender más a fondo los diferentes procesos socio-políticos, así como también los arraigos culturales que se gestaron hace varios siglos dentro de las culturas aborígenes de América Latina.

Siguiendo este marco referencial de novelas históricas, podemos resaltar la importancia de cada una de ellas en lo que atañe al valor cultural, artístico, educativo y por supuesto histórico, sin desconocer que también contienen alguna dosis de ficción que es propio de cada autor. Sin embargo, hay que destacar que los escritores de esta *nueva narrativa histórica* exponen una visión diferente de los acontecimientos propiamente dichos, intentando salirse del canon establecido para pasar a narrar los hechos desde otro foco literario e histórico si se quiere.

No obstante, se ciñen a la veracidad de los sucesos históricos, solo que se procura ver la realidad de ese pasado desde otro punto de vista; con nuevas, diversas y posibles sensibilidades tanto en el aspecto histórico como literario, así como también en cuanto a los personajes. Es decir, que en este tipo de narración tenemos la posibilidad de conocer la otra cara de la historia, el otro rostro de los conquistadores y al mismo tiempo la otra realidad de los conquistados, o como diría el maestro César Valencia Solanilla (1948-): *la visión de los vencidos* (Solanilla, 1996: 9).

En concordancia con lo anterior, hemos de saber que la riqueza literaria de este género narrativo radica en demostrar que tanto los personajes míticos que en este tipo de novela encontramos, así como las comunidades o civilizaciones subyugadas, inmoladas y abolidas, representaban una forma de vida propia de un periodo específico de nuestra historia (en este caso la Conquista de América), donde podemos apreciar que estos guerreros de ambos bandos también eran

seres humanos, con diversas ideologías, costumbres y tradiciones que los hacían sentir y ser parte de mundos opuestos dentro de una misma realidad.

Por lo tanto, la novela histórica recoge, condensa y refleja todo un cuadro de valores y costumbres característico del pensamiento de dicha época, dentro del cual podemos hallar la representación del mundo que tenían en ese entonces las diferentes culturas aborígenes de nuestra América Latina, así como el modo de vida durante y después de la Conquista española. Por consiguiente, considero que es meritorio evaluar estas obras no solo como novelas sino también como valiosos documentos históricos, que han de quedar registrados en un corpus de literatura interesada en narrar los acontecimientos por fuera de la historia oficial.

Finalmente, esto es, a groso modo, lo que se quiere y pretende desarrollar en el presente trabajo monográfico, de acuerdo con lo expuesto previamente y con las motivaciones razonadas que nos han impulsado a inclinarnos por esta línea de estudio, la cual considero de fundamental importancia para la educación y para el reconocimiento de nuestro pasado histórico, que a través de la literatura, del lenguaje y de la palabra (de la palabra escrita), los escritores latinoamericanos nos han sabido brindar de manera magistral todo un universo cultural, mítico, poético e histórico, el cual ellos re-crean y dejan plasmado en sus obras para la posteridad, para el recuerdo que aún sigue vigente en las creaciones artísticas de estos autores y que muy posiblemente quedará grabado en nuestra memoria.

2. EL AUTOR Y SU OBRA

William Ospina nació en Padua, corregimiento de Herveo, departamento del Tolima, Colombia, el 2 de marzo de 1954. Es poeta, ensayista y novelista, uno de los escritores e intelectuales colombianos más importantes en la actualidad. Hijo de Ismenia Buitrago y Luis Ospina. Hermano de Jorge Luis Ospina, Ludivia Ospina, Nubia Ospina, Patricia Ospina y Juan Carlos Ospina. Terminó el bachillerato en el colegio San José de Fresno e ingresó a la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad Santiago de Cali, pero se retiró en 1975 para dedicarse a la literatura y al periodismo; entre otras ocupaciones también trabajó en el campo de la publicidad. Vivió en Europa con su hermano Jorge Luis entre 1979 y 1981, oportunidad que le favoreció para viajar por los países de Alemania, Bélgica, Italia, Grecia y España, y desde su regreso se radicó en Bogotá.

Su pensamiento y sus inclinaciones literarias fueron fuertemente influenciados por su amistad con el filósofo colombiano Estanislao Zuleta, sobre quien ha escrito numerosos ensayos y artículos.

Por su parte, William Ospina ha recibido varios premios y reconocimientos por su exitosa trayectoria intelectual y literaria. En 1982 ganó el Premio Nacional de Ensayo en la Universidad de Nariño, Pasto, con el ensayo *Aurelio Arturo, la palabra del hombre*. En 1986 publicó su primer poemario titulado: *Hilo de Arena*.

Fue redactor en la edición dominical del diario *La Prensa* de Bogotá de 1988 a 1989. Escribió ensayos sobre Lord Byron, Edgar Allan Poe, León Tolstói, Charles Dickens, Emily Dickinson, Las mil y una noches, Alfonso Reyes, Estanislao Zuleta, literatura árabe y las brujas de Macbeth.

En 1992 obtuvo el primer Premio Nacional de Poesía del Instituto Colombiano de Cultura con un texto titulado, *El país del viento*. El 13 de julio de 1993 fundó -junto

a 10 profesionales de distintas áreas- la Revista Número, publicación colombiana de circulación trimestral cuyo propósito es la promoción de la cultura.

En el año 2005 publicó su primera novela titulada *Ursúa*, en la que aborda la historia de Pedro de Ursúa, conquistador español fundador de la ciudad colombiana de Pamplona.

Su segunda novela titulada *El país de la canela* y publicada en el año 2008, narra el descubrimiento del río Amazonas por parte de Francisco de Orellana y la impresionante historia de Gonzalo Pizarro, lo hizo merecedor del Premio Rómulo Gallegos, uno de los más importantes galardones de habla hispana y que otorga Venezuela desde 1967. Lo recibió en Caracas, el domingo 2 de agosto de 2009.

La tercera novela titulada *La serpiente sin ojos*, narra el viaje de Pedro de Ursúa repitiendo el descenso por el río Amazonas de Francisco de Orellana, pero esta vez en busca del país de las Amazonas. La historia termina con el recuento de los crímenes del controvertido conquistador español Lope de Aguirre. Última novela de la trilogía, fue publicada en noviembre de 2012.

En 1999 recibió el Doctorado Honoris Causa en Humanidades de la Universidad Autónoma Latinoamericana de Medellín, y en 2005 el Doctorado Honoris Causa en Humanidades de la Universidad del Tolima.

William Ospina está considerado como uno de los escritores colombianos y latinoamericanos más destacados de las últimas generaciones; sus obras son fuente cultural inagotable para nuestra tradición literaria e histórica. Asimismo, en sus escritos manifiesta su ideología política y la visión que tiene acerca del mundo moderno.

A continuación se presentan en orden cronológico los premios obtenidos y las obras publicadas por William Ospina:

Premios

- Premio Nacional de Ensayo 1982 - *Aurelio Arturo, la palabra del hombre*.

- Premio Nacional de Poesía 1992 – *El país del viento*.
- Premio de Ensayo Ezequiel Martínez Estrada de Casa de las Américas 2003 – *Los nuevos centros de la esfera*.
- Premio Rómulo Gallegos 2009 – *El país de la canela*.

Poesía

- *Hilo de arena* (1986).
- *La Luna del Dragón* (1991).
- *El país del viento* (1992).
- *¿Con quién habla Virginia caminando hacia el agua?* (1995).
- *África* (1999).
- *La tienda de la esquina. ¿?*
- *Poesía 1974-2004* (2007).

Ensayo

- *Aurelio Arturo* (1991).
- *Es tarde para el hombre* (1994).
- *Esos extraños prófugos de Occidente* (1994).
- *Los dones y los méritos* (1995).
- *Un álgebra embrujada* (1996).
- *¿Dónde está la franja amarilla?* (1997).
- *Las auroras de sangre* (1999).
- *Los nuevos centros de la esfera* (2001).
- *Los Románticos y el futuro ¿?*
- *Las trampas del progreso* (2000).
- *La decadencia de los dragones* (2002).

- *Lo que le falta a Colombia* (2002).
- *América mestiza* (2004).
- *La escuela de la noche* (2008).
- *La herida en la piel de la diosa ¿?*
- *En busca de Bolívar* (2010).
- *La lámpara maravillosa* (2012).
- *Pa que se acabe la vaina* (2013).

Novelas

(Trilogía sobre la conquista del Amazonas).

- *Ursúa* (2005).
- *El país de la canela* (2008).
- *La serpiente sin ojos* (2012).

3. ACERCA DE *URSÚA*

Es innegable el valor literario, histórico, cultural, mítico y sin lugar a dudas educativo que se hallan inmersos en *Ursúa*, la primera novela de William Ospina que hace parte de una trilogía referente a la época de la Conquista de América, la cual ha adquirido gran importancia y renombre entre los lectores, como vehículo de conocimiento de una realidad pasada casi mítica que deleita con la palabra.

Es entonces, que en esta fantástica obra nos podemos dar el gusto de leer historias fabulosas y precisamente fantásticas debido al carácter poético de la prosa con que se halla escrita, lo cual no es de extrañarnos ya que el autor es poeta por naturaleza, lo cual resulta muy familiar a la hora de leer a William Ospina; la forma en que él nos narra la Historia a través de historias verosímiles y nos sumerge en un universo complejo y mítico, pero lleno de Historia.

Es allí donde la naturaleza habla con los hombres, donde encontramos seres fabulosos, guerreros que hasta el día de hoy han quedado inmortalizados, mujeres hermosas seductoras de enemigos, selvas mágicas depredadoras de hombres, gigantes, enanos, toda suerte de animales extraños que no tienen nombre y figuras legendarias de dioses y de ídolos inmortales.

No podemos dejar de lado la importancia de esta novela por el gran aporte histórico que nos ofrece, además de la pertinencia en el aspecto educativo en el momento de llevarla al aula de clase como reconocimiento de nuestro pasado histórico, siendo ella una prueba vivencial de lo que somos culturalmente, y de lo que hemos sido en nuestra forzada transformación como sociedad, como Estado socio-político y en nuestra interna idiosincrasia.

En síntesis, esto es *Ursúa*: un universo paradisíaco plagado de mito, leyenda *ficción narrativa y realidad Histórica*.

4. REALIDAD HISTÓRICA EN *URSÚA*

A continuación hablaré acerca de la novela *Ursúa* (2005) del escritor colombiano William Ospina, y me ocuparé específicamente de dos temas fundamentales que he denominado: *ficción y realidad*. Lo histórico en la obra que por supuesto viene siendo lo real, pero también desentrañar lo ficticio que hay en ella. Lo que me propongo entonces es demostrar que la novela citada inicialmente sí pertenece al género narrativo de carácter histórico, o como lo han denominado los críticos literarios especialistas en el tema, *nueva novela histórica o nueva narrativa histórica*. Lo cual hace que la presente novela se enmarque dentro de dicho género literario, por contener justamente situaciones y hechos históricos que el artista re-crea de manera novelada, inyectándole cierto lenguaje poético y un ápice de ficción para hacerla mucho más literaria aún. Por lo tanto, la obra citada anteriormente pertenece específicamente al periodo de la Conquista de América (s. XVI), que ya es, de entrada, un acontecimiento histórico, donde también pretendo ilustrar por qué es importante leerla teniendo en cuenta lógicamente el valor educativo que ella posee.

De este modo, y en relación con el tema de lo histórico en *Ursúa* podemos decir sencillamente que la novela es netamente histórica, y que precisamente esa característica recorre toda la obra de principio a fin, es un elemento que aborda todo el espacio narrativo ya que justamente ese es el tema argumental de la novela.

Ursúa, como ya se ha dicho, es una obra que está escrita bajo el presupuesto de lo histórico, está basada en hechos y personajes reales pertenecientes a la época conocida como la Conquista Española de América, tal y como lo afirma el mismo autor en la nota explicativa al final de la obra; salvo, algunos pasajes breves de la *historia* y unos pocos personajes que como él mismo aclara, fueron alterados para efectos de la construcción literaria, pero que no afecta en nada el desarrollo de la

novela y por el contrario la nutre aún más. A continuación voy a exponer algo de lo que se ha dicho hace un momento.

Algunos datos acerca del linaje y de la vida de nuestro protagonista Pedro de Ursúa resultan ser ficticios, pero como asegura Ospina también pueden ser posibles, como por ejemplo:

Miguel Díez de Aux existió, aunque su visita a Arizcún es ficción. La amistad del protagonista con Lorenzo, el hermano de Teresa de Jesús, es imaginaria pero posible. Hay quien afirma que Armendáriz viajó con Robledo a las Indias. El encuentro personal entre el emperador y La Gasca no ocurrió como se lo cuenta pero es necesario para la historia. La carta de Armendáriz a La Gasca es apócrifa, pero los hechos que refiere son verdaderos. La primera campaña de Ursúa hacia la región de los panches es conjetural. Oramín existió, aunque seguramente no tuvo ese nombre. Z'bali es una ficción autorizada por el temperamento sensual de Ursúa. Teresa de Peñalver es el nombre y la identidad imaginaria de la española que convivió con Ursúa en la sabana, lo protegió, y tuvo una hija que él no pudo conocer. Los encuentros de Ursúa con las efigies de piedra del sur y con el Faro del Catatumbo son imaginarios; su encuentro con las ciudades de la Sierra Nevada es posible, ya que Castellanos, su compañero inseparable de aquellos días, estuvo allí y alcanzó a describirlas. El encierro de Ursúa en Santafé, su fuga hacia Pamplona y su viaje final por el Magdalena son conjeturales. (Ospina, 2005:473-474)

Sin embargo, retomando el tema de lo histórico en la obra de William Ospina, podemos asumir que los hechos que allí se narran son reales, pese a las leves alteraciones que se hicieron en la historia por motivos ya expuestos. Y es que la novela es histórica desde el mismo título. Ursúa fue uno de los conquistadores españoles que participó en una de las campañas hacia el Nuevo Mundo, en compañía de algunos jóvenes amigos suyos, como Juan Cabañas y Johan el cantero, entre otros, que tenían aproximadamente la misma edad de Pedro de Ursúa cuando decidieron unirse a su expedición aventurera de ir a explorar tierras desconocidas. Unido a ellos, también se encontraba el licenciado Balanza, quien era uno de los veteranos que Ursúa había convencido para que hiciera parte de la expedición y quien posiblemente brindaría seguridad y confianza a esa avanzada de jóvenes navarros durante el viaje.

De este modo, Pedro de Ursúa había conseguido formar un modesto grupo de expedicionarios, con el cual pretendía llevar a cabo algunas de sus fantasías más soñadas en su infancia y despertadas luego en su adolescencia por Miguel Díez de Aux, un pariente cercano de su madre que había regresado después de muchos años de batalla con todo su séquito saboreando la gloria de su triunfo por tierras lejanas. Fue él quien despertó en Ursúa su deseo de conquista y la sangre de guerrero que había oculta en él hasta entonces, así se manifiesta en un pasaje de la obra cuando el narrador nos dice lo siguiente:

Sin duda, oyendo a Miguel Díez, Pedro sintió latir su sangre guerrera. Debieron despertarse en sus venas los abuelos dormidos, las espadas sangrantes, bosques avanzando contra las fortalezas, ráfagas de jinetes con turbantes sobre caballos agilísimos cortando el viento con sus sables torcidos (...) (Ospina, 2005: 25)

Asimismo, podemos apreciar la estirpe guerrera de Pedro de Ursúa, si recordamos que Tristán, su padre, también había librado en otros tiempos fuertes combates contra los franceses en la frontera. Pero ahora, le tocaba el turno a su hijo que estaba dispuesto a defender los títulos de la Corona española, enfrentándose primero a las fuertes aguas del océano y luego a seres salvajes e indómitos, en países extraños y lejanos que estaban al otro lado del mar donde algún día llegaría a gobernar, así como lo había hecho ya Miguel Díez de Aux en las Indias Occidentales en la gran expedición de Pedrarias Dávila. De esta manera, se alejaba Ursúa de tierras españolas para no regresar jamás, pues tal parece que ese era su destino y así habría de cumplirse.

Más allá de todo esto, la novela refleja muy bien su carácter de historicidad a través de un personaje protagónico y a la vez antagónico como lo es Pedro de Ursúa, lo cual se manifiesta claramente durante el transcurso de la obra con las siguientes expresiones:

Lo habían endurecido los caminos, las batallas y las esperas. Es verdad que seguía siendo, y lo fue hasta su muerte, respetuoso de la Corona, pero había en él una vocación inextinguible de crueldad y violencia, y sólo la guerra creaba ese espacio donde su corazón podía ser fiel a unos linajes brutales, a la temperatura de su sangre,

sin sentirse profanando las leyes. Por eso amaba tanto la guerra, porque sentía que en sus vórtices era posible ser brutal sin dejar de ser un caballero, y tal vez por eso lo tentaban más las guerras contra infieles, contra indios y esclavos, porque su dios lo autorizaba a toda crueldad mientras no estuviera atentando contra sus semejantes. (Ospina, 2005: 377-378)

Y un poco más adelante el narrador nos ofrece otra opinión, esta vez, por parte de uno de los soldados de Ursúa, quien afirma que:

Uno sentía como si hubiera dos Ursúas distintos en el mundo, el varón despiadado que aplastaba enemigos como hormigas en el corazón de las batallas, que mentía en las negociaciones, que era capaz de traicionar hasta el último momento los acuerdos, como si lo gobernara el infierno; y el capitán impecable que estaba dispuesto a dar su vida por la Corona, que aplicaba la ley con todo el rigor posible en la paz, que se preocupaba por el bienestar de los enemigos reducidos en las encomiendas, y que nunca dejaba de soñar con ese tesoro que un día lo redimiría de la guerra y de sus crueldades, que le permitiría ser un hidalgo opulento y feliz, viviendo en las Indias pero bien casado con una dama de su tierra, y discretamente satisfecho en sus apetitos por unas cuantas muchachas de piel oscura. (Ospina, 2005: 378-379)

Lo anterior lo podemos explicar dependiendo del punto de vista de donde enfoquemos a Pedro de Ursúa. Si lo analizamos del lado de la Corona imperial seguramente se nos presentará como todo un héroe, dado que es un personaje valiente y audaz, con alma y sangre de guerrero capaz de someter y gobernar pueblos enteros en cualquier territorio. Un personaje heroico al mando de numerosos ejércitos, que aunque salió de tierras españolas en su primera expedición hacia las Indias, siendo muy joven todavía, siempre se mantuvo a la altura de los más fuertes guerreros de conquista, combatiendo al lado de otros tantos veteranos que habían sobrevivido a las campañas de Hernán Cortés, de Francisco y Gonzalo Pizarro, Francisco de Orellana y Diego de Almagro, entre otros. Así, Ursúa fue ganando experiencia en cada batalla y conquistando nuevos territorios, hasta convertirse en un gran capitán defensor de la Corona española.

Por otra parte, si ubicamos a Pedro de Ursúa del lado opuesto al que acabamos de referir, sin lugar a dudas, se nos ofrecerá un personaje heroico amparado bajo

una imagen antagónica si se quiere, por el hecho de que llegó como todos los demás conquistadores a invadir tierras ajenas; estos territorios alejados y selváticos que cada vez se presentaban más extraños y misteriosos, ya estaban habitados por otros seres que se hacían un poco diferentes a los ojos de los españoles. Estos países, ciudades y regiones ocultas en medio de la selva también tenían sus dueños. Ellos eran señores, caciques y jefes que tenían el dominio y el gobierno de una tribu, y otros con mucho más poder aun gobernaban imperios enteros en diferentes lugares del continente. Pero no fue solo eso, recordemos que si estamos dando una mirada desde el enfoque de las comunidades indígenas de Centro y Suramérica, lógicamente los nativos de aquella época tuvieron muchas más razones para ver con desagrado y tristeza a los españoles que habían llegado a conquistar sus tierras con brutalidad y violencia; pues, estaban dispuestos a asesinar indígenas, a castigar infieles y esclavos y a cualquier clase de atropello con el fin de hallar riqueza en nombre de su Dios y de la Corona Imperial.

De este modo, podemos observar el recorrido histórico de Ursúa a través de las Indias Occidentales: enceguecido por la fiebre de oro; ansioso por encontrar tesoros escondidos repletos de piedras preciosas; obsesionado por hallar el tesoro de Tisquesusa del que tanto le había hablado Oramín, y que tantas veces en vano había ido a buscar por diversos territorios.

Cuando Ursúa salió de su casa, en Navarra, a principios de la década de 1540, tenía tan solo quince años, y una vez en las Indias, luego de ser nombrado Teniente de Gobernación del Nuevo Reino en 1545, por su tío, el juez de residencia Miguel Díaz de Armendáriz, tuvo ya bastante tiempo para explorar las vastas regiones desde el litoral del mar Caribe en el océano Atlántico, pasando por el Magdalena y atravesando la selva amazónica. Estuvo de campaña por la Sabana en Santafé donde se enfrentó con los muiscas; también libró fuertes batallas con los zenúes, con los panches, con los chitareros y los muzos; asimismo, un poco más al norte, se enfrentó con los tayronas en la Sierra Nevada.

Después de todo Ursúa exploró gran parte del territorio continental, desde el extremo norte en el Cabo de la Vela hasta llegar a Panamá, donde agotó sus últimas esperanzas por recobrar el éxito y la gloria de otros tiempos, había llegado allí con Juan de Castellanos, su compañero entrañable de expediciones en el Nuevo Mundo, luego de haber librado una de sus últimas batallas en contra de un grupo de esclavos sublevados llamados *cimarrones* -quienes arribaron en un barco “negrero” a la provincia de Darién, en Panamá, provenientes de África-, donde había conseguido estar al mando de otro ejército enviado por Andrés Hurtado de Mendoza, quien había llegado a reemplazar al juez de residencia Pedro de La Gasca, y éste a su vez, había sustituido en otro tiempo a Miguel Díaz de Armendáriz, tío de Pedro de Ursúa.

Como podemos observar, la vida de Ursúa estuvo plagada de contrariedades como era común para cualquier expedicionario de *conquista*. Cada circunstancia hacía que su rumbo tomara giros inesperados hasta el punto de haber pasado de verdugo y respetado comandante, a ser perseguido por legiones enteras como si fuera un vil delincuente que no vale nada para nadie.

En este sentido, tal vez sea válido recordar uno de los pasajes finales de la obra donde el narrador nos expresa la siguiente idea:

Cuando los horizontes se entristecen, como le oí decir un día a Castellanos, miro al pasado y siento vértigo. (...) Acaso sólo porque el dios de los cuentos necesita una voz que los relate, escapé a los peligros, indemne, mientras en cada episodio iban siendo sacrificados quienes parecían ser los triunfadores. Al final no triunfamos los humanos, al final sólo triunfa el relato, que nos recoge a todos y a todos nos levanta en su vuelo, para después brindarnos un pasto tan amargo, que recibimos como una limosna última la declinación y la muerte. (Ospina, 2005: 463)

Lo anterior es para hacer alusión un poco a este triste y melancólico final al que no pudo escapar Ursúa. Resulta ser algo inminente, algo inevitable que parecía estar señalando su destino desde el comienzo. No obstante, era el común denominador entre los héroes de conquista cuando tomaron la decisión de ir a explorar nuevos territorios en busca de riqueza y poder; corrieron el riesgo y asumieron a su modo

las consecuencias fatídicas de ese largo viaje plagado de violencia, sangre, muerte, atropellos y barbarie, que fue el inicio del desmembramiento social, político, económico y cultural de gran parte de este continente ahora denominado Latinoamérica.

Indudablemente, Pedro de Ursúa resulta ser un personaje histórico bien interesante para analizar por las características que reúne como conquistador y a la vez como ser humano, puesto que si bien no es uno de los héroes de conquista más famosos y reconocidos por la tradición histórica y canónica que nos han enseñado desde la escuela, sí es un personaje importante e influyente que hizo sus méritos, bien o mal, para ganarse un lugar de reconocimiento dentro de nuestra propia historia, y poder ser legitimado en el universo simbólico de los conquistadores españoles en América.

Quizás, sea por ello, que William Ospina le hace un sentido homenaje a este gran conquistador que es poco conocido por muchos de nosotros, pero que dejó su legado en estas tierras principalmente fundando la ciudad de Pamplona en el año de 1549, que hace parte hoy día del departamento de Norte de Santander.

Hasta aquí he intentado describir qué es lo histórico en *Ursúa*, la primera novela del escritor colombiano William Ospina, y por qué debemos clasificarla dentro de la narrativa histórica, además de resaltar su importancia a la hora de leerla como un documento fidedigno de nuestro pasado, que deberíamos considerar altamente necesario y digno, para la inclusión dentro del plan de estudios de nuestro país como reconocimiento a una ardua labor, y de gran envergadura por cierto, de un escritor como William Ospina.

5. FICCIÓN NARRATIVA EN *URSÚA*

Para nadie es un secreto que las obras literarias están cargadas de subjetividad, ficción y a la vez de realidad; es decir, de acuerdo con los intereses literarios planteados por el autor que al unísono son la manifestación de unas necesidades sugestivas que buscan ser escuchadas, leídas, escritas, expresadas, comentadas, criticadas y si se quiere dialogadas con una colectividad al mismo tiempo sugestiva que son los lectores, quienes a su vez sienten cierta necesidad por el conocimiento, por despertar su intelecto a través de pensamientos autónomos que los hacen de alguna manera libres ante la sociedad y a sí mismos.

Sin embargo, también debemos decir que muchos de nuestros pensamientos se basan o son producto de pensamientos ajenos que comparten las mismas necesidades y, que por supuesto, despiertan nuevos interrogantes que serán debatidos como planteamientos en construcción de tal o cual materia. Es así como el ingenio de unos se convierte en artificio de otros para engendrar pensamientos ficcionales que incluso son colectivos, pues, se re-crean a raíz de fundamentos ya establecidos por otros sujetos, ideando nuevas formas de pensar o relacionándose entre sí como fruto de un imaginario colectivo.

De esta manera pensamos y re-pensamos algún asunto en particular sobre ideales comunes que nos hacen partícipes de un mismo espectro o corriente de pensamiento, sin que esto signifique necesariamente que tengamos que pensar o actuar de la misma manera, pero lo que sí ocurre es que pensamos ficcionalmente sobre pensamientos infundados que a su vez pueden ser ficticios o que de hecho lo son, es decir que, esto sucede cuando hablamos de cosas de las cuales no estamos seguros o que en su defecto no conocemos de antemano, y por lo común se tiende a imaginar, deducir, conjeturar, inferir, suponer, etc.

Esto es algo que se presenta con mayor frecuencia en el ámbito de la literatura, ya que se construyen unos personajes, algún tipo de espacios o atmósferas, situaciones y circunstancias propiamente de la obra en cuestión, que se rigen bajo

unas condiciones estructurales y narrativas dentro de un ambiente estrictamente literario, donde el narrador es quien orienta o dirige el respectivo hilo narrativo, y cuyo narrador en ningún caso debemos confundir directamente con el autor, a menos que éste sea el caso.

Aunque no se trata solamente de la ficción impuesta en la obra por el autor sino también de la imaginación de los lectores; esto es, dependiendo de cómo la aborde cada uno de ellos dentro de su imaginario individual en relación con una supuesta realidad. De ahí que los personajes influyan tanto como el narrador y como el autor mismo, pues, los personajes y la psicología impresa en ellos, así como la obra en su conjunto, son invenciones y autoría de un personaje real llamado escritor.

Lo anterior, como insinuamos, hace parte de los recursos literarios que permiten fusionar realidad, subjetividad y ficción para focalizar temática histórica; esto significa que las obras de carácter histórico (novela, cuento, poesía) contienen y pueden incluir en su construcción elementos reales, ficcionales y subjetivos, tales como: personajes, situaciones, lugares, diálogos, etc., para elaborar un hilo conductor que pueda parecer más verosímil de acuerdo con los acontecimientos que se relatan, suponiendo de esta manera que algunas de esas cosas pudieron haber ocurrido tal y como se las narra para efectos de coherencia y cohesión.

En este sentido, es conveniente hacer algunas salvedades en relación con las obras de tema histórico y con la ficción narrativa que emplean los diferentes autores en sus respectivas creaciones. En el caso de la novela histórica, por ejemplo, hay que decir que los escritores intentan trazar una línea muy sutil que les permita delimitar, con más certeza que ficción, esa delgada y a veces imperceptible frontera que existe entre lo real y lo ficticio, en este caso específico aludiendo a una realidad histórica veraz, donde los sucesos ficcionales deben ser tratados en menor grado, de ser necesario, para mantener la autenticidad de la obra literaria y su legitimidad con la historia real.

Es así, que la narrativa de temática histórica (en este caso la novela) acude en principio a un complejo debate en cuestión, de si este tipo de obras se pueden catalogar realmente como históricas, o si por el contrario, por el hecho de tener un contenido ficcional, aunque sea breve, debería cuestionarse más a fondo el carácter histórico impreso en ellas y el presupuesto de que todo lo allí reunido es veraz, manteniéndose en el marco referencial del género novelesco tradicional, y no directamente dentro del subgénero denominado novela histórica.

Pero aunque estos argumentos son válidos también creo que son exagerados, por el hecho de que son creaciones literarias fundamentadas, basadas y estructuradas tanto en lo ficcional como en lo histórico, es decir, en una realidad histórica documentada y con serios antecedentes historiográficos evidenciados concretamente por cronistas e historiadores, quienes a lo largo del tiempo han dado cuenta fehaciente de los diferentes acontecimientos acaecidos como parte de nuestro pasado histórico. Sin embargo, muchas de esas creaciones literarias presentan algunas excepciones ficcionales mínimas, que pueden pasar a ser asuntos menores siempre y cuando esas pocas y pequeñas alteraciones no incidan de manera negativa en el desarrollo de la obra como tal, alterando considerablemente la historia real que se basa en un pasado pretérito y en un momento concreto de la misma.

Además, es evidente que la literatura en gran medida está ligada a la ficción, y en esa misma dinámica se vale de ello para mimetizar la realidad, ya sea pasada o presente, e incluso apoyándose en ese recurso literario el escritor también puede visionar el futuro si es su intención, pues este resulta ser un elemento clave e inherente en las creaciones artísticas literarias a la vez que la literatura se vale de ello, no solo para re-crear la historia, caracterizar y metaforizar la realidad sino también para crear mundos nuevos, mundos que permiten la apropiación de espacios ya concebidos por el autor de acuerdo con su visión ideológica.

Ese mismo carácter subjetivo del escritor es lo que permite que la realidad histórica -entiéndase “realidad histórica” como los hechos o acontecimientos acaecidos en el pasado, pero en este caso no referimos dicho concepto

precisamente a un pasado reciente, sino a un pasado lejano anterior a la época del escritor, así lo señala Anderson Imbert citado por Seymour Menton en un texto titulado *La Nueva Novela Histórica de la América Latina, 1979-1992* cuando afirma que, “Llamamos “novelas históricas” a las que cuentan una acción ocurrida en una época anterior a la del novelista”. (Imbert, citado por Menton, 1993: 33)- se mezcle con la ficción literaria: literatura, entendida técnicamente por la Real Academia Española (DRAE) como “arte que emplea como medio de expresión una lengua”, es decir la palabra, pero bien sabido es que esta definición no basta, es demasiado limitada y superficial para nuestros intereses académicos, por eso hemos de recurrir a la definición teórica desde otros autores que nos pueden brindar mayores luces al respecto. Uno de ellos es el escritor portugués Vítor Manuel de Aguiar e Silva (1939-), quien nos comparte la siguiente idea en relación con lo dicho previamente en su texto *Teoría de la literatura* (1972):

En latín, *litteratura* significaba instrucción, saber relacionado con el arte de escribir y leer, o también gramática, alfabeto, erudición, etc. Se puede afirmar que, fundamentalmente, fue éste el contenido semántico de “literatura” hasta el siglo XVIII, ya se entendiese por *litteratura* la ciencia en general, ya, más específicamente, la cultura del hombre de letras. (Aguiar e Silva, 1972: 11-12)

En este orden de ideas, debemos tener en cuenta la apreciación del teórico en términos etimológicos y en cuanto a la evolución de significado del concepto como tal, puesto que vemos que ha sufrido cambios considerables a través de los siglos y que muy probablemente pueda seguir evolucionando como complemento o desarrollo del estudio literario, donde muy seguramente también surgirán nuevas definiciones en este campo y resurgirán otras tantas. Además de esto, Aguiar e Silva añade lo siguiente:

Entre el mundo imaginario creado por el lenguaje literario y el mundo real, hay siempre vínculos, pues la ficción literaria no se puede desprender jamás de la realidad empírica. El mundo real es la matriz primordial y mediata de la obra literaria; pero el lenguaje literario no se refiere directamente a ese mundo, no lo denota: instituye, efectivamente, una realidad propia, un heterocosmo, de estructura y dimensiones específicas. (Aguiar e Silva, 1972: 18)

Lo anterior apoya la idea que veníamos argumentando en cuanto a lo ficticio y lo real, en cuanto a lo literario y lo histórico, no sin antes decir que la opinión del teórico acerca de su concepto de literatura es muy acertada respecto a lo que queremos plantear con los elementos propiamente dichos, ya que nos amplía el panorama y nos despeja de alguna manera el camino para lo que pretendemos desarrollar más adelante. Adicionalmente, Aguiar e Silva afirma que:

El sermón, la historia, la epístola, etc., fueron considerados en siglos anteriores como posibles formas literarias, (...) Lo que verdaderamente ha cambiado no ha sido el concepto de literatura ni la naturaleza del objeto literario, sino el concepto de sermón, de historia, etc. (Aguiar e Silva, 1972: 35)

Como vemos, el autor nos presenta otro acercamiento relacionado con el concepto de literatura, de manera que nos aproxime mucho más a un sentido de la literatura o de qué es literatura y, por ende, a un sentir literario más auténtico y consciente por parte del lector; así, posiblemente alcancemos a desarrollar una mirada más amplia en torno a este maravilloso universo que es la literatura, donde podamos identificar o apreciar con más claridad lo que fue, lo que es y lo que posiblemente pueda ser el fenómeno literario en distintos periodos temporales.

Ahora bien, pasemos entonces a ver el concepto de literatura que nos ofrece la escritora estadounidense Louise Michelle Rosenblatt (1904-2005) desde una perspectiva femenina, en su libro titulado *La literatura como exploración* (2002):

Lo “no literario” y lo “literario” representan dos formas de lectura. Dado que ambos aspectos, el referencial y el afectivo, siempre estarán presentes en cierta medida durante la transacción, estas formas de lectura son diferentes pero no contradictorias. (Rosenblatt, 2002: 15)

De acuerdo con Rosenblatt, podemos entender que la literatura es un universo tan amplio y complejo a la vez, que fácilmente pasamos de una lectura a otra; es decir, de una mirada a otra, de una mirada externa a una mirada interna de las cosas; aprendemos a ver asuntos en particular desde nuestra propia óptica, desde distintos ángulos y diferentes perspectivas, sentando así posiciones divergentes de la temática a tratar con autonomía crítica. Es como si analizáramos lo real y lo

ficticio, lo verdadero y lo falso, lo negro y lo blanco, lo histórico y lo literario, o como bien lo plantea la escritora estadounidense lo “no literario” y lo “literario”. Se trata entonces de una dicotomía en la lectura de las cosas, poder ver las dos caras de la moneda que se unen en un solo elemento, en una sola obra, en un solo libro, en una sola creación artística, en una sola composición humana en la que se pueden reunir dos o más sustancias, para llegar al punto de lo que señala la escritora cuando habla de “dos formas de lectura”; y con ello el sentido que le damos a las cosas, además del sentido que ya llevan ellas en sí mismas (en este caso específico hablamos de la relación literatura e historia y de la lectura que hacemos de ambas). En ese orden de ideas es válido resaltar una afirmación de Rosenblatt, relacionada con el sentido literario que se da entre lector-escritor: “El sentido no está en el texto solo ni sólo en la mente del lector, sino en la mezcla continua, recurrente, de las contribuciones de ambos”. (Rosenblatt, 2002: 13). De esta manera se fusionan dos visiones de mundo, dos ideologías, dos subjetividades que se funden en una sola realidad; en una realidad ficcional propia de quien la escribe pero también de quien la lee, propiciando de este modo un diálogo entre escritor-lector en el cual ambos pueden compartir ideales comunes, y donde seguramente el segundo se sentirá más identificado con el primero.

En síntesis, creo que la literatura debe pensarse como un todo que reúne a la vez ficción, realidad y subjetividad, sin tratar de hacer una incisión para separar estos elementos que indudablemente la componen, ya que perdería toda esencia artística e incluso sentido literario, pues resultaría nocivo asumir que las creaciones literarias se basaran o apuntaran a una sola cosa, como si lo uno no tuviera que ver con lo otro, porque entonces dónde quedaría plasmada la realidad si no fuera a través de la veracidad, o mejor, de la verosimilitud literaria, cuando sabemos con certeza que la literatura es un vínculo que sirve entre otras cosas para divulgar y manifestar asuntos sociales, culturales, políticos, religiosos, ideológicos, históricos, educativos y ante todo humanos.

Dejemos aquí este punto y pasemos entonces a dar inicio a un análisis más exhaustivo y detallado en relación con el tema de la ficción narrativa en *Ursúa*

(2005) del escritor colombiano William Ospina, novela de corte histórico que hace referencia a la época de la Conquista de América, donde ahondaré un poco más en esta temática.

De la realidad a la ficción

Después de haber esbozado un poco nuestro criterio acerca de la ficción narrativa en general, y de la novela histórica en particular, entraré en detalle con esta última analizando los pasajes, situaciones, momentos, acontecimientos y sucesos acaecidos que he considerado más relevantes en torno a esta temática, con el objetivo de demostrar la ficcionalidad que hay al interior de la obra, y entender que pese a que se trata de una novela histórica también en ella cabe la ficción.

Así es que, para hallar los elementos circunstanciales de la obra -que iré citando a medida que sea necesario-, me he dado a la tarea de releer y rastrear el asunto de la ficción en la novela *Ursúa* de manera específica y puntualizada, dándome cuenta que además de eso existe otro componente que también quiero destacar en esa misma línea de análisis. Se trata, pues, del narrador de la obra que de entrada ya es ficticio, pero que juega un papel fundamental en el desarrollo de la novela porque es el ente focalizador de la misma; además de ser también un personaje dentro de la historia, que aunque sigue siendo ficticio, no deja de ser influyente incluso para el protagonista-antagonista Pedro de Ursúa. Este será un tema que desarrollaré más adelante.

Ahora bien, si quiero tratar el tema de la ficción narrativa en *Ursúa* no es por obstinación obsesiva, es porque de uno u otro modo este aspecto se refleja en buena parte de la obra en diferentes situaciones y circunstancias, en ocasiones por medio de los mismos personajes quienes manifiestan inquietud, duda, inseguridad o sospecha al emitir alguna afirmación; también podemos observar estas “irregularidades” a través de sus pensamientos, recuerdos, opiniones o

conversaciones con otros personajes, algunos de ellos incluso ficticios, lo cual hace aún más ficcional los acontecimientos o los detalles de la historia.

Una prueba de ello la podemos hallar en un pasaje del capítulo 1 que realmente viene siendo la primera aproximación ficcional de Pedro de Ursúa de la que nos da cuenta el narrador (que reitero es ficticio), mientras el incipiente guerrero escuchaba atentamente los relatos de unos cuantos veteranos de guerra que imaginaban cómo serían las tierras del Nuevo Mundo y la vida en ellas, de un mundo que sería suyo pero que todavía no conocía, y que apenas podía imaginárselo de manera difusa en su mente:

Desde muy joven frecuentaba esas fondas de rufianes y gritos, y mientras sus oídos bebían los relatos exagerados e inventivos de los aventureros, él adivinaba al fondo de sus narraciones de sal y de vientos salvajes, de selvas descomunales atravesadas por grandes pájaros de colores, de sirenas viejas fatigadas en los escollos y de un cielo de cántaro azul cuyas constelaciones formaban figuras de leones y de serpientes, un sedimento de verdad, un alcohol de mundos nuevos y de peligros más punzantes que los trabajos insípidos de la aldea. (Ospina, 2005: 21)

De acuerdo con lo anterior, resulta evidente que es un relato ficcional por parte de estos aventureros, que se adelantaban a pensar en los pormenores que posiblemente tendrían esos territorios desconocidos a los que muchos de ellos viajarían, y a los que quizá algunos ya habrían viajado sin mayor éxito en años anteriores. También Ursúa hacía parte de ese corrillo de futuros aventureros y expedicionarios que se enardecían al hablar de estas cosas en las fondas y en los puertos, ávidos de zarpar en busca de riquezas, poder, esmeraldas, oro, especias, perlas, aventuras y toda suerte de piedras preciosas que podían imaginar, así como otros metales preciosos que ya conocían por medio de expedicionarios veteranos.

De este modo, y aunque de una manera más pasiva que los demás, casi como un joven espectador que apenas se está iniciando en los dotes de la virilidad, asistía Pedro de Ursúa a aquellas fondas donde era fácil encontrar hombres de toda calaña, y en especial marinos experimentados dispuestos a todo y acostumbrados

al ímpetu de las aguas oceánicas, que de cuando en cuando los traía a las fondas de los puertos, para alardear e inventar historias fantásticas de lugares o animales fabulosos que solo habían visto en su imaginación; quizás, todo ello producto de la magia que contienen las aguas de los mares en su eterna soledad, y que probablemente causaba uno que otro delirio en aquellos valerosos marinos.

Es así, que encontramos otra aproximación ficcional en un pasaje siguiente de la misma página, donde el narrador sugiere que un tercero le contó algo acerca de Pedro de Ursúa de lo cual él no está seguro, y que posteriormente pone en duda.

Alguien me contó que en un mesón de Tudela había dejado malherido a un hombre, y que ésa fue la causa de que abandonara sus tierras y se atreviera a cruzar el océano (...) Pero es probable que mi informador haya confundido los lances del muchacho con los tropeles de su hermano mayor y se dejara inspirar por el hecho de que Ursúa, en una de sus guerras, fundó en el nuevo mundo una ciudad a la que llamó Tudela en recuerdo de su remoto país. (Ospina, 2005: 21)

Como podemos ver en este fragmento, el narrador afirma haber escuchado ese relato de parte de un desconocido, que para los propósitos de mi análisis no admite ninguna importancia en términos de relevancia histórica, pues dicho personaje resulta ser un *nomen nescio* (N.N. que por sus siglas en latín significa: “sin nombre”); Es decir que el narrador se basa en criterios ficticios, en supuestos comentarios y afirmaciones inverosímiles para hilar una cosa con otra en su extenso repertorio histórico, de ahí que no pueda estar seguro de sus afirmaciones ni mucho menos de lo que recuerda, o de lo que a medias le han contado otros seres igualmente ficticios a él.

De esta manera, entramos en una dimensión bastante densa respecto a la psicología de los personajes, puesto que ello implica sumergirnos en su personalidad y en sus pensamientos, o por lo menos intentar acercarnos lo más que se pueda a su forma de pensar. A lo que me refiero esencialmente es al asunto de que existe una convergencia de ficciones; es decir, unión de pensamientos que se asemejan en ideas que parecen dirigirse a un mismo punto o destino, pero que resultan ser ficticios o apócrifos, no solo en relación con la cita

anterior, sino también con el pensamiento de todos los personajes ficticios que paso a paso van apareciendo en la novela.

Me explico. Cuando hablo de una convergencia ficticia no quiero decir que los personajes piensen igual ni que actúen de la misma forma, solo que son figuras ficticias que producen pensamientos inverosímiles que por obvias razones no se pueden comprobar, y que por tener ése rótulo se hace más cuestionable su participación en un texto de carácter histórico.

Por lo tanto, los argumentos, acciones y demás circunstancias que se desarrollan a lo largo de la obra asociados con este tipo de personajes, que no son debidamente comprobables, sugieren alguna especie de incertidumbre, duda, paradoja, contradicción e inconsistencia histórica no solo en cuanto al hilo conductor se refiere, sino relacionándose además con el modo en que se debe abordar una lectura como esta, dado que muchas veces se asume que la novela histórica o este tipo de textos son totalmente verídicos, pero ya vemos que no es así, y que tampoco podemos asumir esa posición absolutista, porque como lo dije más arriba, estamos hablando de literatura.

Además de esto, la reflexión que hago en el presente análisis apunta también a pensar que los personajes hacen uso de unos pensamientos prestados y a la vez ya ejecutados, porque se remiten a divagar sobre criterios o juicios de otros sujetos -que como ya he dicho son ficticios- que resultan ser de poca credibilidad precisamente por su estado ficcional, pero que a su vez están generando nuevos espectros discursivos en torno a la trama de la novela e involucrándose indirectamente con la historia real.

En otras palabras, dichos personajes ahondan ficcionalmente sobre la ficción de otros imaginarios de los cuales se alimentan y al mismo tiempo nutren la obra, mientras se fusiona de una u otra manera con la realidad histórica que el autor pretende plasmar o ejemplificar a través de estos recursos literarios, que de hecho son válidos, pues de ninguna manera se pretende cuestionar negativamente la labor del escritor en ese sentido, ya que él hace uso de su realidad imaginaria

para posarla en la realidad ficcional de sus personajes, dándole coherencia y cohesión no solo al discurso sino también a la historia como tal. Hablo aquí específicamente de los personajes ficticios y del discurso (ficticio) que pone en ellos el escritor para dar a conocer una “verdad”; más claramente una “verdad histórica”, teniendo en cuenta la complejidad que encierra el hecho de querer hablar con certeza acerca de supuestas verdades, y más aun de supuestas verdades históricas, en tanto que tales verdades pueden ser relativas; es decir, verdadero y falso es relativo, ficción y realidad es relativo.

En vista de que no es posible ni tampoco provechoso para los intereses de la literatura hacer una incisión entre estos elementos, es meritorio ya que hablamos del autor, darle su reconocimiento porque es únicamente él quien crea toda esa atmósfera ficcional dentro del contexto de una realidad histórica, obviamente con la ayuda de la misma historia, y de toda una documentación previa que trae de antemano el escritor, creando así personajes (ficticios), moldeando otros tantos que realmente existieron (históricos), y que seguramente se ciñen los más posible con la realidad y con la historia.

En este orden de ideas, vamos a señalar a continuación otro aspecto más del que nos da cuenta el narrador, en relación con algunos de los relatos que Pedro de Ursúa le oyó contar a Miguel Díez de Aux, y que luego le incitarían e influenciarían para dar inicio a su expedición. Ello, con el objeto de dar a conocer lo ficcional que se halla no solo en este pasaje, sino también en las narraciones de este pariente cercano que venía de tierras lejanas, donde supuestamente tenía títulos nobiliarios, riqueza y poder.

Los pueblos se asentaban sobre montañas que tenían espinazos de oro. El metal corría en arenas por los ríos, se encontraban bolas doradas en el buche de los caimanes y plumas de oro en las alas de los pájaros, y en un lugar secreto de los nuevos dominios, juraban los nativos, estaba bien guardada una ciudad de oro.
(Ospina, 2005: 24)

Como podemos ver, este relato está lleno de ficción y a la vez de realidad, pues constituye una clara descripción de lo que tenían en mente muchos de aquellos

expedicionarios acerca de las Indias Occidentales. Es decir, se trataba de un concepto casi generalizado entre aventureros, navegantes, reyes, cortesanos y habitantes comunes en las regiones del Viejo Mundo. Era, pues, para entonces, parte de un imaginario colectivo para referirse a estas tierras desconocidas por muchos conquistadores, quienes intentaban -haciéndose imágenes ilusorias de cómo serían los territorios del Nuevo Mundo- asignarle características que concordaran con los pensamientos ficcionales de su imaginario.

Otros, por su parte, que incluso podrían haber viajado a las Indias, o que quizás habían tenido experiencia en algún tipo de aventura previa, ya fuera como expedicionarios veteranos o bien como aventureros novatos, daban testimonio libremente de las cosas que vieron y de todo lo que les pudo haber ocurrido en un viaje como esos, plagado de vicisitudes que no dejaban en vano los rastros de la guerra, cuya principal proeza era conquistar nuevos territorios en nombre de la Corona, encabezada por el emperador Carlos V que, posteriormente abdicaría el poder Imperial a su hijo Felipe que había engendrado con Isabel de Portugal, quien después ejecutaría, también con sangre, con espada en mano, arcabuces y ballestas y con una cruz también sangrante representando a su único Dios, todo el poderío malsano, violento, degradante y forzado que ejercía la España Imperial del siglo XVI.

Siendo ésta la corte que empuñó con sangre y muerte las riendas de las Indias Occidentales -barbarie por supuesto reprochable-, los *adelantados* de la Corona quienes ejercieron poderes máximos sobre las regiones del Nuevo Mundo, seguramente sí tuvieron ese tipo de encuentros con comunidades nativas, que ellos después documentaron de manera formal al imperio español así como de manera informal al resto de los conquistadores a través de relatos, comentarios y rumores que de boca en boca fueron recorriendo la selva, sierras y llanuras, para luego seguir atravesando el océano mientras se encontraban con navegantes casuales que iban y venían, cruzándose con fuertes tormentas que hacían vacilar las naves en un vaivén de ondas tempestuosas, hasta llegar por fin a tierras españolas.

Todo esto es producto de las visiones anecdóticas y ficticias que tuvieron las huestes del imperio español por aquella época, en las que muchas de ellas obviamente tenían sustento real, pero que quizás los que presenciaron hechos como estos embellecían metafóricamente sus descripciones exagerando de algún modo la realidad.

De tal modo que veían las montañas, por ejemplo, como si fuese un animal que tenía un enorme espinazo y en cuyo respaldo se creía estaba minado de oro, lo cual es posible aunque no en todos los casos ni tampoco en todo el extremo de las montañas, pues, así como había rasgos evidentes de que hubiera oro en grandes cantidades por los territorios del mundo nuevo, hay que decir que seguramente había alguna porción de tierra infértil para producir metales preciosos en lugares inexplorables, y que en muchos de los casos los testimonios daban fe de una exageración ficcional fusionada con la realidad.

Asimismo, podemos entrar a analizar otro referente semejante que permite complementar lo que he venido diciendo en relación con la cita anterior, donde otra vez vuelve Miguel Díez de Aux a ejercer gran influencia sobre Ursúa con narraciones ficcionales de ése mismo talante, incitándole implícitamente que se decida a emprender su propia expedición. El narrador nos manifiesta lo siguiente:

Tampoco él conocía bien los grandes reinos de Tierra Firme, pero fue tan florido y minucioso en la descripción de esas cosas que no había visto, y por momentos habló con tanta alarma de tigres hambrientos y de reptiles descomunales, que la madre de Pedro creyó de verdad que el propósito del anciano era disuadir al muchacho de su antojo de cruzar el océano. Pero Miguel Díez de Aux conocía su sangre: la mejor manera de atraer a un mozo de su estirpe no sería atenuando el peligro sino pintando bien los reinos desconocidos con colores de aventura y de riesgo. (Ospina, 2005: 26)

Aquí el narrador nos da cuenta de qué manera Miguel Díez de Aux influencia a Ursúa a través de relatos ficticios como el anterior, pues descubre inmediatamente el interés del muchacho por internarse en el mar en busca de otros territorios que

podiera conquistar, se da cuenta también del carácter guerrero que lleva Ursúa en su sangre, y que el joven tiene total decisión para emprender un viaje como ese.

Como se puede observar en la cita previa, es fácil deducir que el interés del anciano era persuadir a Pedro de Ursúa para que viajara lejos de su casa en busca de sus sueños de adolescente, aprovechando que tenía la sangre en pleno furor aventurero y que se notaba bastante interesado en escuchar las historias del viejo Díez de Aux, que aunque pudieran ser ficticias o reales, igual él no podría saberlo.

En ese sentido, vemos que las expresiones que se manifiestan en el ejemplo anterior tienen poca veracidad y, por ende, carecen de realidad histórica, ya que el mismo narrador nos da a entender explícitamente que lo que estaba diciendo Miguel Díez de Aux no era cierto, porque no conocía con exactitud las tierras de las cuales le estaba hablando al joven Ursúa, solo lo hacía para intentar convencerlo de lo fantástico que sería embarcarse en dicha empresa.

No obstante, el viejo de Aux supo aprovechar los pocos momentos que estuvo cerca del imberbe aventurero, e hizo buen uso de su propio lenguaje ficcional para acercarse cada vez más al futuro fundador de Pamplona en las Indias, que tan buen efecto y resultado tendría después en él, sorprendiéndolo con historias asombrosas de un mundo desconocido pero exótico, que ni siquiera el veterano de tantas guerras había llegado a ver.

Podemos decir que imaginó todo, que ficcionó todo en aras de poder despertar el espíritu guerrero de Pedro de Ursúa que de hecho ya estaba en ebullición, pero que con las destrezas narrativas de este veterano personaje, aguzó aún más las ansias de conquista que desde las entrañas florecían en el mozo guerrero, y que empezó a demostrar a temprana edad una insaciable sed como hombre de poder. Es evidente que el pasaje citado anteriormente se puede considerar totalmente ficcional, ya que representa indiscutiblemente la forma de pensar de un personaje, que aunque real en términos históricos porque existió, el pensamiento que expresa en torno a este punto resulta ser claramente ficticio. Puede ser ficción del

autor, ficción del personaje real o incluso ficción del mismo narrador, pero finalmente ficción. Es decir, aquí también estamos ficcionando sobre la ficción de tres personajes, dos reales y uno ficticio; quizás uno o dos de ellos históricos y uno ficcional; o tal vez los tres sean históricos, porque de ser reales son reales, hasta los personajes ficticios relativamente son reales.

Pasemos ahora a examinar uno de los pasajes que considero más bellos de esta novela, el cual reúne a su vez realidad y ficción en un entramado de prosa poética que exalta los sentidos, donde además podemos sumergirnos un poco en las actividades, costumbres, y tradiciones culturales de las comunidades indígenas que sobresalían en esta parte del mundo.

En la siguiente cita el narrador alude a un hombre que es un supuesto viajero, es decir un personaje ya ficticio. Está recordando historias y leyendas que el supuesto viajero contaba en los puertos donde alguna vez lo escuchó con atención Pedro de Ursúa. Veamos, pues, que nos dice el siguiente fragmento.

Había una canoa con doscientos hombres cruzando con oro las aguas de un lago; había un avance de varones intrépidos preparados para todo menos para los cuchillos de hielo de la montaña; había mares de perlas, flechas con la muerte pintada de azul en la punta y peces carnívoros cuyo extraño nombre era tiburones, que a leguas de distancia descubrían el olor deleitable de los naufragios; había bosques de árboles descomunales en los que siempre era de noche, hombres cubiertos de plumas que hablaban con los peces de los lagos y que se transformaban en tigres, y tiendas de indios llenas de pieles secas de indios vencidos; había raíces que enloquecían a los hombres, niños que pescaban con largas flechas en los raudales, ancianos capaces de cruzar a nado ríos turbulentos; había muchachas bellísimas que se alimentaban de piojos, bestias de largas lenguas a las que se adherían las hormigas, grasa de peces inteligentes que producía locura de amor, pájaros que hacían complicados nidos de arcilla, animales esféricos recubiertos de púas, ranas más venenosas que diez mil indios, serpientes en el fondo de los lagos que tenían alianzas con el trueno, y moscas que producían llagas incurables; había indias que eran mujeres en la noche y serpientes al amanecer, ríos de una sola orilla, pueblos que juraban ser hijos de las águilas y de los lagartos; había muchedumbres guerreras más silenciosas que la niebla, ciudades de mujeres valientes y desnudas que reducían a esclavitud a los enemigos, mujeres irresistibles que devoraban al macho durante la cópula, y legiones

de cristianos avanzando con el credo en los labios entre aldeas de brujos y selvas mortales. (Ospina, 2005: 42-43)

En este pasaje también podríamos aludir a un intertexto entre narrador y viajero. Es decir. Como decía hace un momento previo a la cita, en el presente fragmento hallamos la presencia de dos personajes, ambos ficticios (narrador y viajero), en el cual solo interviene uno de manera directa que es el narrador, y el otro de manera indirecta que es el viajero. Hablamos de intertexto en términos de que, quien nos comparte este hermoso relato es efectivamente el narrador, pero quien lo origina o de donde proviene esta narración es concretamente del supuesto viajero al que ya hemos hecho referencia anteriormente.

Se presenta entonces la correlación de un mismo suceso emitido por dos sujetos diferentes que comparten una idea común en distintos escenarios. Es así que el relato se encuentra rompiendo la barrera de la distancia y el tiempo a través de la tradición oral, que se manifiesta como la representación intacta de un pueblo, de una comunidad o de una sociedad que se hace presente en un momento dado de la historia. Por su parte, el narrador se presenta en tal caso como el portavoz del supuesto viajero, al transmitir los relatos que éste compartía en los puertos con diferentes turistas, y en ocasiones coincidiendo con el encuentro de expedicionarios que pasaban por lugares donde él estaba, como aparentemente sucedió con el propio Pedro de Ursúa.

Por otro lado, podemos admitir ficción al interior del texto como tal, más específicamente en cuanto al contenido del mismo, el cual nos brinda una descripción estupenda como manifestación de un legado cultural intachable que intentaba rememorar, honrar y dignificar el antepasado indígena por medio de su tradición mítica así como de sus leyendas ficcionales, a través de las cuales rendían tributo a sus diferentes dioses mediante sacrificios y cultos sagrados, antes de que se les impusiera la creencia monoteísta de un Dios único que rige el universo.

A través de este relato podemos ver una construcción en gran parte ficticia pero a la vez poética y literaria, teniendo en cuenta lo que nos señala el narrador al decir cosas como: “Había una canoa con doscientos hombres cruzando con oro las aguas de un lago”; lo cual nos permite en este sentido una interpretación más lógica y racional si pensamos que estamos tratando un texto de carácter histórico, cuyo sentido común nos dice que no es posible que doscientos hombres bien armados, con municiones, con víveres y provistos de cantidades de oro pudieran viajar en una canoa a través de un lago.

Claro está, que si por canoa entendemos una canoa moderna, que obviamente es muchas veces menor en tamaño a la que con seguridad utilizaron en aquéllos tiempos los conquistadores españoles en el *nuevo mundo*, no nos cabría en la cabeza que ése hecho hubiese sucedido tal y como se lo narra, pues lógicamente no sería posible, aunque dadas las circunstancias hay que hacer una salvedad al respecto. Es decir, en aquélla época las canoas eran de tamaño mucho mayor al convencional actualmente, por lo cual no podemos darle un sentido estrictamente literal a una expresión como ésa, ya que contrasta inmediatamente con el concepto que tenemos hoy día de lo que es una canoa, y, más aún, en lo referente a su tamaño. Por consiguiente, la canoa que se nos narra en la cita anterior probablemente no haya sido una canoa como he dicho, sino más bien un barco medianamente grande que sí tenía la capacidad para albergar a doscientos hombres, o tal vez un poco más.

Por otra parte, veamos ahora otra aproximación ficcional que el narrador nos presenta, y en la cual él mismo se ve involucrado nuevamente como personaje partícipe en una escena en la que dialoga con Ursúa acerca del mariscal Jorge Robledo.

Ursúa me habló siempre del mariscal como si lo hubiera conocido, pero estoy seguro de que no se vieron jamás. (...) A Ursúa a veces le ocurrían esas cosas: cuando había pensado mucho en algo, creía haberlo vivido. Quién sabe cuántas cosas de las que me contó, y que yo he repetido en estas páginas, fueron imaginadas o alteradas por él. Un día me dijo, al paso, que a veces tenía sueños tan vívidos, que al despertar le costaba apartarse del mundo que había soñado. Y pensó tanto en Robledo en sus

años de Santafé, tal vez lamentando no haberlo auxiliado en la hora de su perdición, que convirtió en recuerdos propios los recuerdos minuciosos de su tío Armendáriz. Cuando estaba inspirado, Ursúa echaba mano de lo que fuera para darles aire de verdad a sus palabras. (Ospina, 2005: 68-69)

Primero, debo decir que en este pasaje hay ficción por parte del narrador, quien hace una afirmación ficcional apresurada en torno a lo que le cuenta Ursúa, y de paso sobre su propia ficción, pues, como vemos en el ejemplo anterior tiene dudas acerca de lo que está escuchando. Pero, no es solo a eso a lo que me refiero con que hay ficción en esa sentencia, sino porque más allá de la duda que tenga el interlocutor, éste afirma abiertamente y de manera negativa en la primera frase, y con seguridad, que lo que le está contando su amigo no es así, lo que indica no solo duda y negación en tal afirmación sino también falsedad en torno a la misma, lo cual, hace pensar que nuestro narrador cree que los acontecimientos pueden haber tomado otro rumbo diferente a la manera en como se los está narrando Ursúa.

Asimismo, cuando hablo de ficción en relación con este pasaje me refiero a todo el fragmento como tal, eso está claro; sin embargo, quiero enfatizar un poco en cuanto a que el narrador parece conocer tanto y de una manera tan profunda a Pedro de Ursúa, que esa certeza es la que le permite tener un juicio más radical y contundente en lo que a éste se refiere, ya que afirma en repetidas ocasiones que las cosas seguramente no ocurrieron de tal o cual manera, sino que tiende a insinuar que el joven aventurero está errado en lo que dice, más aún porque se trata de recuerdos de los que eventualmente él mismo desconfía, y que a la vista parecen inverosímiles, quizás por las circunstancias o momentos atemporales en que supuestamente sucedieron.

De esta manera, podemos evidenciar que hay algunos aspectos ficcionales que se sobreponen a otros. Por ejemplo, si consideramos que no se trata solamente de una opinión, sino que acudimos a un encuentro de voces -posible y aparentemente ficticio, por lo menos en parte-, de discursos, de imaginarios, de visiones, de ideologías, de ficciones y demás. De ahí que el ente narrador tenga

dudas en creer con certeza que lo que le dice Ursúa sea verdad, y por el contrario más bien alude a que se trate de ilusiones suyas producto de su imaginación, tal y como lo afirma en la siguiente expresión: “A Ursúa a veces le ocurrían esas cosas: cuando había pensado mucho en algo, creía haberlo vivido.” O, así como en esta otra afirmación: “Quién sabe cuántas cosas de las que me contó, y que yo he repetido en estas páginas, fueron imaginadas o alteradas por él.”

En este sentido, también debo decir que hay que examinar minuciosamente los recuerdos de otro interlocutor que entra en escena más adelante, específicamente hacia el final de la cita. Se trata de Miguel Díaz de Armendáriz, tío de Pedro de Ursúa, a quien el narrador menciona de manera breve asociándolo como parte influyente en los pensamientos de su sobrino, ya que se presume que el joven guerrero estaba tan obsesionado con Jorge Robledo, que hablaba tanto de éste como si lo hubiera conocido o como si hubiese llegado a estar cerca de él, e incluso a cruzar palabras con el célebre conquistador, cosa que el narrador no comparte en lo más mínimo y que de hecho pone en duda constantemente, arguyendo que lo que dice Ursúa es producto de anécdotas que quizá le había contado su tío Armendáriz a él mientras estuvieron juntos en Santafé, quien, en efecto, sí conoció a Robledo meses antes de viajar a las Indias Occidentales para cumplir con su función como Juez de Residencia.

Así, pues, el agente narrador sugiere que el joven sobrino divaga a través de pensamientos ficcionales ajenos que, no solamente carecen de autenticidad sino que además se hacen inverosímiles, en cuanto supone que: “Y pensó tanto en Robledo en sus años de Santafé, tal vez lamentando no haberlo auxiliado en la hora de su perdición, que convirtió en recuerdos propios los recuerdos minuciosos de su tío Armendáriz.”

Lo anterior, viéndolo en perspectiva de acuerdo con la prioridad del presente análisis, resulta válido en cuanto que es el mismo narrador-personaje quien admite que en las palabras de Ursúa hay ficción, o que al menos puede haberla, dadas las circunstancias y el poder grandilocuente que al parecer poseía dicho personaje. Así lo podemos constatar en la siguiente expresión que nos ofrece el

narrador acerca de lo mencionado previamente: “Ursúa echaba mano de lo que fuera para darles aire de verdad a sus palabras.”

Esto deja claro algo, y es que aparte de que el ente focalizador de la historia y del protagonista tiene pleno conocimiento de ambos, aquí lo que también podemos intuir es que los aspectos o elementos ficcionales circundan no solo los espacios narrativos dentro de la obra, como acabamos de observar, sino que además interfieren en el contexto de una verdadera realidad histórica.

A continuación presentaré otro apartado de la novela que estoy analizando, con el propósito de escudriñar en diferentes momentos circunstanciales de la obra y que hace parte del marco general de la historia real, en tanto ficción narrativa así como dato histórico respectivamente. Se trata, pues, de la anécdota, fatídica para algunos de estos personajes, acerca del rayo del Cabo de la Vela en el puerto de Nuestra Señora de los Remedios.

“¿Cómo puede un solo rayo caer sobre cinco hombres y golpearlos de un modo tan distinto?”, me dijo años después en Moyobamba. “A uno lo dejó paralizado y mudo, al otro lo quemó como a un tronco, al tercero lo derribó muerto pero intacto, al cuarto lo dejó herido en la cara y chamuscadas las barbas, y al quinto no le provocó más que el susto. ¡Como si a cada uno le hubiera dado un trato propio!”. Los indios de la cordillera creen que el rayo es un dios y tiene voluntad, y en aquel caso era fácil creerlo, porque fueron demasiadas casualidades. Que la descarga golpeará en un instante a dos gobernadores sucesivos de una misma región parecía más un juicio del cielo que un azar del clima, y también es extraño que cuatro de las víctimas del rayo estuvieran juntas sólo para ir a buscar a Armendáriz. (Ospina, 2005: 97)

En esta cita encontramos varios casos interesantes para destacar de acuerdo con los intereses del presente trabajo. Primero hay que decir que en esta ocasión también se trata de recuerdos que son emitidos por un sujeto y pensados por otro, a la vez que quien pronuncia dichos recuerdos (narrador) de un individuo en particular (Ursúa) transmite de igual forma ficciones e imaginarios ajenos, ya no de un sujeto ficticio, sino de un hecho posiblemente ficcional, al mismo tiempo que da a conocer su propio pensamiento.

Otro aspecto digno de resaltar en este caso, es el hecho de que al parecer el acontecimiento que se narra en la cita anterior conlleva a un suceso de connotaciones históricas, en el que se sugiere algunos cronistas dejaron documentado. No obstante, hemos de analizar el fenómeno ficcional que se desprende o se halla inmerso en el contenido interno de la cita, donde podemos observar que se hace uso de un lenguaje metafórico a través de expresiones un tanto imaginarias que parecen ficticias, las cuales adquieren dicho grado de interpretación, debido al doble o triple encuentro de voces que participan en este suceso narrativo.

Por un lado, tenemos al narrador como la voz que -como ya hemos dicho- focaliza los acontecimientos de la historia en general, asumiendo por lo tanto un papel primordial en cuanto al orden de las intervenciones discursivas por parte de otros personajes. Por ejemplo, en este caso, la voz de nuestro protagonista Pedro de Ursúa, se ve subordinada bajo la presentación de la cita que hace de él el narrador, recordándolo a través de su imaginario para dar a conocer el hecho y los demás pensamientos que -aunque pueden ser ficticios- en el fragmento citado previamente se relatan.

Por otro lado, podemos apreciar la visión de los indígenas acerca de dicho acontecimiento enfocada más hacia una creencia divina y de características sobrenaturales, causa que ellos le adjudicaron al dios rayo mediante su imaginario, propio de toda una tradición mítico-cultural que arraigaba lo espiritual y lo divino dentro de un marco politeísta, que habían llevado en la sangre durante siglos transmitiéndolo de generación en generación, hasta que poco a poco muchas de estas comunidades fueron relegando su cosmogonía y sus creencias así como sus prácticas.

Así, pues, encontramos un claro ejemplo de ficción en torno al dios rayo que el autor nos presenta en su obra, representándolo por medio de los mismos nativos, el cual para ellos tenía voluntad propia; suceso que es recordado, recreado y nuevamente relatado por el narrador, al tiempo que éste recuerda las palabras de

Ursúa acerca del acontecimiento del rayo del Cabo de la Vela, que de hecho parece que fue real, pero que ha sido ficcionado por la misma realidad.

Hablando de recuerdos, de recuerdos ficcionales y ajenos, para continuar un poco en la misma línea de la idea anterior, es necesario recurrir a otro pasaje de la novela, donde el narrador nos dice lo siguiente:

Los relatos dilatan o acortan las tierras de acuerdo con la suerte de los viajeros. Si uno pudiera comparar el recuerdo del río Magdalena que tenía Lugo con el que tenía Ursúa después del primer viaje, vería dos ríos distintos, uno largo y peligroso, lleno de indios y venenos, de caimanes y tigres, de jornadas que postraban en el desaliento hasta a los resistentes esclavos negros, y el otro apacible, con buenos climas, propicio para la navegación y remontable en pocos días. Así, a punta de recuerdos y de esperanzas, se hicieron los mapas de los primeros tiempos, que ponían a Cali junto a Neyva, a San Juan de los Pastos al lado de Cajamarca, que hacían correr los ríos en direcciones caprichosas (...) (Ospina, 2005: 117)

De acuerdo con lo anterior, el narrador confirma a través de sus recuerdos, y quizás también a partir de los recuerdos de otros personajes, el imaginario ficcional que surgía de la mente de los navegantes, expedicionarios, conquistadores, cartógrafos y demás aventureros acerca de la ubicación de las gobernaciones en estos territorios. Como podemos ver aquí, a estos héroes de conquista les tocaba hacer uso de la imaginación y de la memoria, aunque no estuvieran del todo seguros de lo que decían, veían o recordaban, incluso mucho más próximos a errar que a dar un criterio real.

Ellos, por su parte, tenían que recurrir a la ficción y a sus recuerdos seguramente demasiado difusos, así como trastornados por los delirios que provoca la naturaleza en su estado más puro, alienados por las condiciones climáticas, engañados muchas veces por la memoria o por esos recuerdos que produce la fantasía, mientras intentaban comprender ese mundo nuevo que tenían enfrente, apenas conocido para ellos y que recién habitaban.

Ahora bien, las ficciones vienen de otras ficciones que luego se convierten en realidad o en realidades ficcionadas. Así, las verdades se ficcionan, la verdad se

hace ficción relatada al tiempo que las verdades ficticias se convierten en realidades históricas, con lo cual el mito o la ficción toma apariencia de verdad. En últimas, muchas veces las verdades vienen de las ficciones así como de otros relatos y leyendas que a su vez contienen más ficciones, más relatos y más leyendas que se mitifican a través de una realidad histórica.

Por otra parte, los relatos y las creencias de las comunidades nativas eran parte fundamental de su idiosincrasia, de su forma de vida y de su realidad. Sin embargo, también fue una realidad ficcionada que se iba metaforizando a través de la tradición oral, la cual ha sido transmitida a otras comunidades mediante intercambios socio-culturales, dando por efecto que de rumor en rumor el relato se convertía en realidad ficcional, para irse fusionando paulatinamente con la realidad histórica. Lo anterior lo podemos evidenciar a continuación:

Más veloz que las bestias acorazadas de los invasores, el rumor había ido como un incendio de pueblo en pueblo. Salió del valle de las pirámides y avanzó hacia el sur, lento pero inexorable. Contaba el regreso de unos dioses vengadores y el modo como en pocas jornadas se cumplió la caída de la gran ciudad de la laguna. Años después, otro rumor salió de las ciudades del sur. Hablaba del presidio atroz de un rey y de la muerte, en una sola tarde, de siete mil hombres del cortejo real. Hablaba de los truenos en lo alto de la montaña, y de los cien mil guerreros de Atahualpa paralizados y enmudecidos bajo una lluvia de granizo, mientras en la explanada los rayos destrozaban la corte y el rey era arrastrado y encerrado en una habitación que más tarde sus súbditos llenaron de oro para pagar su rescate. (Ospina, 2005: 155)

En virtud de lo anterior, podemos observar una manifestación mítica y casi mística en el corazón de la tradición indígena, todo ello relacionado con la forma de pensamiento que legaron sus antepasados a través de generaciones enteras y que fueron reservando cuidadosamente, con entrega, devoción, y sacrificio a sus dioses, hasta que llegaron los españoles a derrumbar toda una cosmogonía milenaria.

Así, en la cita anterior se demuestra el carácter ficcional que se desprende de toda una tradición cultural que es embellecida -valga la redundancia- con hermosas metáforas lingüísticas así como poéticas, donde se puede hallar una clara

descripción de los acontecimientos ocurridos que auspiciaron la extirpación de su visión de mundo, de la forma o estilo de vida que llevaban para entonces en una tierra que para ellos era considerada sagrada, y que bautizaron bajo el nombre de *pacha mama*.

Como es evidente en este fragmento que estoy analizando, hay una repercusión en cuanto a lo que venía diciendo en la página anterior, acerca de los rumores o comentarios que se originaban por parte de los mismos nativos en distintas regiones del *nuevo mundo* en torno a un mismo episodio o suceso en particular, que en dicho caso es el resultado trágico de una visión colectiva, así como profética de la suerte que habría de correr un legendario rey llamado Atahualpa, cuya misma suerte cobijaría al resto de su corte.

Se trata, pues, de un corrillo de voces que retumba en la distancia al unísono, vaticinando un encuentro aciago que se postraría sobre su pueblo sin piedad, con injusticia e inclemencia, y con una crueldad desbordada que sobrepasó los límites de lo humano, dejando atrás solamente el vestigio genocida que produjo esa cruenta aventura de conquista, amparada por la Corona española de la cruz y la espada.

No obstante, podemos ver que la tradición oral sigue intacta aun en esos momentos de tortura física y psicológica, donde incluso en medio del drama fúnebre se funde en los corazones de los indígenas por la pérdida de su gran rey, ya que devastados transmiten necesariamente todo su dolor mediante el pensamiento elegíaco que les produce tal abatimiento, pero que, sin saberlo, están conservando y reconstruyendo todo un culto sagrado (no me refiero solamente al simple uso del lenguaje sino también a la creación poética de cantos, relatos, mitos, ceremonias, danzas y demás cultos tradicionales) que se ritualiza materialmente por medio de la palabra.

En consonancia con lo expuesto previamente, démonos a la tarea de compartir otro fragmento que se ha reseñado con antelación, como complemento de la reflexión que venimos haciendo en el presente trabajo. En ese sentido, volvamos a

encontrarnos con Pedro de Ursúa quien sigue alucinando con todas las riquezas del Nuevo Reino de Granada, con el oro, y con el supuesto tesoro escondido de un rey llamado Tisquesusa.

Todas esas historias de los muiscas, Ursúa las dedujo de los relatos de Oramín y los otros nativos. Los oía y volvía a oírlos, no sólo porque le gustaba ese rumor casi sin cuerpo y sin rostro que avanzaba por selvas y caminos, y la imagen del rey Tisquesusa en una habitación de hogueras inmóviles, sino porque siempre esperaba deducir el rumbo que llevaban los portadores, a dónde los condujeron sus pasos con el fabuloso botín, que había sido negado a la codicia de los otros porque a todas luces estaba predestinado para él. Como era su costumbre, no dudó de que ese caudal sería suyo: el tesoro escondido de las tierras áureas, mucho más grande que los de Cortés y de Pizarro reunidos. (Ospina, 2005: 157)

Con este fragmento sale a relucir una vez más el elemento ficcional de la novela con unas características particulares, ya que se enfoca especialmente en la visión de mundo de Pedro de Ursúa, y en el imaginario que éste tenía en relación con la comunidad muisca, acerca de esos supuestos relatos que hablaban de un tesoro escondido, que obviamente no era otra cosa más que parte de la tradición oral que tenían todas las tribus de las Indias Occidentales. Podemos ver entonces que se trata de un relato fingido auspiciado por los nativos y en especial por uno de ellos de nombre Oramín, que también corresponde a una creación ficticia por parte del escritor. Así que lo que puede suponer Ursúa en medio de su ambición es que todos aquellos relatos son reales, por lo que lleva dentro de su propio imaginario una versión creada por él mismo, acerca de un gran tesoro que había dejado enterrado en algún lugar de estas tierras un poderoso rey llamado Tisquesusa.

Relatos que seguramente eran costumbre dentro de dichas comunidades y que hacían parte de un proceso cultural de varios siglos. Con lo cual, la ficción manifestada aquí obedece más a un espectro mítico-cultural arraigado en el corazón de los nativos de cada comunidad; pues, si recordamos un poco nos daremos cuenta que incluso toda sociedad -aun civilizada- ha tenido alguna especie de encuentro cercano con este tipo de características socio-culturales dentro de su propia tradición, ya que este tipo de manifestaciones corresponden

también a un intento por explicar el mundo que habitamos, su origen y demás fenómenos naturales, independientemente de qué comunidad sea, de dónde sea o que lengua hable.

Es por ello que el elemento ficcional en este caso radica más en una costumbre cultural que en un hecho aislado. Es decir, el suceso ficcional aquí es de manera intencional por causas ya mencionadas, y exagerado por ese mismo motivo. Sin embargo, la persuasión de dicho discurso, la elaboración y la transmisión del mismo como canal de contacto comunicativo entre sujetos que posiblemente comparten las mismas necesidades, anhelos e ilusiones, es lo que hace que ese relato sea creíble, convincente en cierto sentido para que sea fácilmente divulgado en otras regiones y al mismo tiempo con otras comunidades, de manera que poco a poco va adquiriendo una atmósfera de veracidad -la cual si no es en su totalidad por lo menos lo es en parte- que se consigue mediante los rumores que son creados por los mismo nativos, y que, sienta sus bases en los mitos o leyendas de sus antepasados.

Quizás haya sido la combinación de los elementos aquí mencionados, los que produjeron en Ursúa ese deseo obstinado de querer encontrar el famoso tesoro escondido de Tisquesusa, que a la postre lo que terminó encontrando fue una cadena de desilusiones y de hechos lamentables para él, por continuar empeñado buscando un tesoro perdido que tal vez no existía o que en realidad nunca existió.

En este orden de ideas quiero traer a colación otro episodio para que sea objeto de análisis, pues de alguna manera van encadenados como parte del trabajo que estamos desarrollando de dicha obra, y que atañe a las propias ficciones que tenían los nativos debido a sus creencias. En este pasaje se alude específicamente a la comunidad nativa de los zenúes:

De todos los pueblos que encontraron en el gran reino, ninguno tuvo una actitud más extraña frente a los invasores, porque antes que sus crueldades, antes que sus caballos acorazados o sus perros carniceros, lo que más espantó a los nativos por alguna razón misteriosa fueron los rostros y el aspecto de los españoles. Y al parecer

muchos se suicidaron, incapaces de soportar el tormento de ver los rostros de aquellos hombres, que según sus propias palabras les daban “terror y disgusto de la vida”. (Ospina, 2005: 186)

La impresión que produjo en los nativos del norte el aspecto físico y la apariencia de los españoles fue tal, que muchos indígenas se suicidaron y otros quedaron horrorizados al ver esos rostros extraños e incomprensibles aun para ellos, dado que les parecían como seres extraordinarios venidos de otro mundo, tal como si fueran dioses crueles y atroces, o algo así como dioses malignos, pues, ellos tenían una visión mítica muy distinta de aquella realidad que se les presentó tan inesperadamente, y que por supuesto formaba parte de su cosmogonía.

De ahí que los nativos sintieran algún tipo de repudio hacia los invasores y prefirieran el suicidio como una salida a tal circunstancia, o como una forma de huir de esos seres espantosos que apenas estaban conociendo. Era quizás para ellos la mejor manera de liberarse del yugo imperial, que acababa de llegar con toda su furia arrasando con todo lo que había a su paso; podemos entender esto como una evasión existencial que sería más digno que el hecho de vivir subyugados, ultrajados, maltratados, humillados y bajo el poder servil de los hombres extraños de otro mundo, los cuales emergían como seres insoportables a quienes no se sentían siquiera capaces de mirar directamente a los ojos, porque la sola apariencia les producía el terror atroz de la maldad que ellos irradiaban fácilmente en su rostro.

Pasemos ahora a otra parte de la novela y de la historia, que a propósito se puede ver alterada de antemano por los elementos ficcionales que hemos venido evidenciando a lo largo del presente análisis. Para ser más claro, a continuación se alude a tres personajes en particular: Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Hernando de Luque, quienes fueron los que organizaron una temible expedición originada en Panamá para ir a explorar las costas del sur, más exactamente hacia el año de 1526:

(...) a Pascual de Andagoya, explorador de las costas lluviosas, indios del Chocó que se arriesgaban por el océano en delgadas canoas le habían hablado de un imperio

riquísimo en las costas del sur. Una noche Pizarro compartió aquel rumor con sus dos amigos, y al soplo de leones de vino lo llenó con adornos fantásticos, con riquezas y precisiones que en realidad desconocía. (Ospina, 2005: 206)

Aquí vemos que el narrador cuenta cómo se prepara la expedición conjunta entre los personajes citados anteriormente, luego de que el propio Pizarro diera a conocer y difundiera entre ellos un rumor a manera de relato, que le habían contado previamente unos indios del Chocó a Pascual de Andagoya, acerca de un imperio riquísimo en las costas del sur; rumor que el mismo Pizarro había exagerado deliberadamente con adornos haciéndolo más grande aún, relatándolo fantásticamente con la intención de impresionar a sus otros dos compañeros de expedición, pero acerca de lo cual él no conocía absolutamente nada en realidad.

De acuerdo con lo anterior, se puede ratificar una vez más el carácter ficcional que se encuentra inmerso en dicho fragmento, ya que si analizamos con atención podemos ver que se trata inicialmente de un rumor relatado, que gira en torno a un gran imperio que supuestamente está lleno de riquezas incalculables, y que muy probablemente podía tener algo de cierto, pero acerca del cual no se tiene información que pueda garantizar la veracidad del mismo, porque se trata justamente de una leyenda que logró hechizar a muchos, así como a estos tres aventureros españoles que se embebieron de ilusiones, de anhelos, de esperanzas, de riesgos, de mitos, de leyendas, de rumores, por encontrar metales preciosos, piedras exóticas y riquezas deslumbrantes que los hicieron emprender una expedición como aquélla.

En ese sentido también podemos hablar de otro intertexto de carácter ficcional: esto en términos de que dicho intertexto gira alrededor de un suceso ficticio basado en rumores, en relatos y comentarios que no admiten credibilidad alguna que pueda probar, o mejor, comprobar con elementos reales los hechos que se narran de boca en boca por los nativos acerca de dicho suceso. Se habla entonces de un intertexto de carácter ficcional, porque todo ese argumento en torno a un supuesto imperio lleno de riquezas no deja de ser fingido y, por tanto, no es comprobable porque no existen dichas evidencias que lo demuestren.

Debido a esto es que se relaciona el mismo relato con varios personajes en común que tienen referencia del mismo suceso; de ahí, que también haya ficción en la versión de Pizarro al decirle a sus amigos más cosas de las que debía o conocía, además de contar con la participación del ente narrador que se vincula como conocedor de la historia y como personaje activo de la misma. Adicional a ello, el narrador no solo es narrador sino que también se autorrelata como el hijo de uno de los expedicionarios -que de acuerdo con el rastreo que se ha venido realizando se asume que puede ser uno de estos tres personajes-, que al parecer sería Hernando de Luque, solo que un poco más adelante en la novela pareciera querer desviar su génesis, al decir que su padre se encontraba en los muelles de Panamá cuando los tres hombres en mención pasaron reclutando voluntarios para participar de su expedición, lo cual ya no deja muy claro de quién es hijo, y quién es realmente su padre al que tanto menciona a lo largo de la obra, a lo que por el contrario resulta más confuso, menos veraz, más ambiguo y con muchos más ambages que dificultan dicho rastreo, mientras suponemos que puede ser una obviedad casi sin sentido, puesto que el susodicho narrador es un ente anticipadamente ficticio.

Del mismo modo, vamos a analizar un último fragmento que se ha elegido para concluir el presente trabajo en cuanto a la ficción narrativa e histórica en *Ursúa*. De esta manera, en el siguiente pasaje hallaremos referencias ficcionales acerca de Juan de Castellanos, mientras éste les cuenta a Ursúa y a Teresa de Peñalver la historia del español Juan Martín de Albújar, quien convivió con una tribu indígena durante diez años prestando sus servicios como médico, pero al mismo tiempo siendo su prisionero.

Por lo tanto, veremos otra cita de ficción intertextual en relación con la historia de dicho personaje, puesto que se trata de varias voces reunidas en un mismo episodio que es alterado en dos aspectos narrativos: uno de ellos es por cuestiones atemporales, y el otro en términos de doble narrador que, por consiguiente, conlleva a una doble narración. En cuanto a la idea de doble narrador nos referimos específicamente al rol que juega en este caso Juan de

Castellanos, quien es el que focaliza la increíble historia del español Albújar, ya que es claro que el principal ente narrador de la novela en su mayor extensión es un personaje ficticio, que a su vez narra a Castellanos. Por eso se plantea la idea de doble narración en el siguiente pasaje, pero quizás sea más sensato hablar de un narrador y un focalizador respectivamente.

“Manoa” dijo el letrado, “es una ciudad labrada en oro puro en medio de las selvas, y tan grande, que Martín de Albújar tardó dos días cruzándola a pie de un extremo al otro”. Castellanos abundó en descripciones de los palacios y los templos, de las barcas con maderas preciosas y los remos con remate de oro que cruzaban sus canales, de las tiendas rojas que era preciso poner en las plazas para que el calor del sol en el verano no fuera insufrible, y de las grandes efigies de pájaros, de serpientes y de monos en oro macizo que asomaban por los salientes de las edificaciones. Era una lástima que Albújar, al escapar de sus captores, hubiera tomado una canoa a la orilla de un río, en la noche, y se hubiera dejado llevar por el agua, derivando a veces por caños para evitar que alguien pudiera perseguirlo, de modo que cuando por fin pudo llegar a tierras de españoles ya no consiguió nunca reconstruir el camino perdido. (Ospina, 2005: 382-383)

No es de extrañar que se encuentren este tipo de narraciones en la literatura ni mucho menos en la novela histórica, donde el autor tienen toda potestad para construir y reconstruir relatos haciendo uso de un lenguaje metafórico que ayuda a embellecer la obra, además de enriquecerla sustancialmente en cuanto a su contenido, estilo, forma y estética, que permiten nutrir el texto mediante estos recursos literarios, propios de cualquier narrativa.

Sin embargo, en este texto podemos apreciar una abundante descripción metafórica y estilística relacionada con la historia de Martín de Albújar, la cual es descrita primero por Castellanos a Ursúa y a Teresa de Peñalver, que pareciera que está tan bien informado acerca de este hecho, que da la impresión de que hubiera estado con el mismo Albújar -y es posible que lo hubiera conocido aunque no hay certeza de ello ni tampoco de la existencia del español- en dicha travesía por los detalles tan precisos que refiere de éste.

Después viene la segunda intervención descriptiva por parte del narrador, quien relata primero por medio de la voz de Castellanos a quien efectivamente cita, y luego lo hace a través de sí mismo pero continúa recordando las palabras de Castellanos, quien se muestra como el focalizador de dicho acontecimiento. En ese sentido es que hemos venido hablando de intertextualidad ficcional.

Por otra parte, también es claro el aspecto ficcional en cuanto a la misma historia del español Albújar que inclusive es poco probable. No tanto por la supuesta prisión durante diez años en una tribu indígena, ni por la escapatoria que tuvo o el modo en que lo hizo, que hasta eso parece algo verosímil, incluyendo algunos referentes en torno a las figuras de animales creadas por los nativos en oro macizo, así como otros objetos preciosos labrados a mano, que de alguna manera ha sido sublime representación de su cultura, y de su labor artesanal como grandes maestros de orfebrería. Sino que más bien nos referimos a otros elementos que se encuentran descritos allí, como por ejemplo: “(...) una ciudad labrada en oro puro en medio de las selvas”, cuya extensión era tal que aquél español tardó dos días en recorrerla de extremo a extremo.

Vemos entonces que esa descripción es netamente ficticia, ya que no se ha tenido tal referencia acerca de una ciudad perdida en medio de la selva con dichas características, y por el contrario, se ha de tratar más bien de leyendas o relatos míticos que han sido creados, compartidos y difundidos por los mismos nativos, que en algún momento habrían de contar sucesos extraordinarios durante sus rituales como parte de la tradición oral.

Finalmente, sucedía que los conquistadores oían toda clase de relatos fabulosos así como extraños, de acuerdo con las creencias que tenían los nativos y que a su vez se iban transfigurando en sueños vividos, por lo que solía ocurrir que los españoles recién llegados creían en todo aquello que escuchaban, en medio de un sincretismo ininteligible que se fusionaba abruptamente en una sola existencia, dando como resultado final una sola creencia impuesta por los más poderosos, agresivos, crueles y violentos señores de barba roja y cabello largo, quienes

llegaron acompañados con sus caballos acorazados y con sus perros de presa, al tiempo que en una mano empuñaban una espada y en la otra una cruz.

6. COMPONENTE PEDAGÓGICO

Resulta innegable hablar del componente pedagógico que tiene el presente trabajo en relación con los objetivos trazados desde el inicio del proyecto, que tiene como finalidad hacer un acercamiento en torno a la historia de nuestro país, y a la incipiente conformación del mismo así como de América Latina, más específicamente refiriendo la época de la conquista de América (s. XVI). Asimismo, este capítulo, al igual que el trabajo en su conjunto han tener la misma resonancia ya que van ligados a un mismo objetivo, y este, no es otro distinto al de querer conocer la historia de nuestro país así como la del continente en general, que de alguna manera también significa conocernos a nosotros mismos como individuos y como sociedad. Es decir, poder tener una aproximación lo más cerca posible de nuestro pasado histórico a través de la literatura especializada en este género narrativo, de manera que podamos comprender un poco quiénes somos y de dónde venimos, pero vale la pena aclarar que estamos hablando en términos estrictamente históricos -abordando una época así como un espacio de tiempo determinado- y no precisamente existenciales.

Ahora bien, decía entonces que es importante conocer nuestro pasado, nuestras raíces, nuestra génesis, para poder entender por lo menos quiénes somos, y de alguna manera, a qué linaje pertenecemos. ¿Cómo y quiénes fundaron nuestros pueblos? ¿Cómo los construyeron? ¿Cuáles fueron las causas de esos fenómenos socio-culturales e históricos? Pero además de ello. ¿Cuáles han sido las consecuencias de todo ese proceso histórico y el precio que hemos tenido que pagar durante más de quinientos años?

Sin embargo, considero que la respuesta a todas estas preguntas, las hemos de hallar justamente en los textos de tema histórico referentes a la época de la Conquista de América (crónica, relato, poema, cuento, novela). Teniendo en cuenta lo anterior, es preciso decir que es ahí donde subyace el valor educativo de la novela histórica, en este caso en particular, en *Ursúa*, donde podemos hallar

detalles precisos de nuestra historia y de los personajes más relevantes que en ella participaron, de sus diversos itinerarios y contratiempos por las Indias Occidentales, así como también poder ubicarnos con precisión cronológica en el tiempo de determinado suceso histórico.

Otro aspecto interesante para resaltar, es el hecho de poder contar con un referente más verosímil de los acontecimientos de una época determinada, es decir, tener un acercamiento más real de los sucesos que en ocasiones suelen ser mitificados, y de los cuales pueden existir varias versiones. Es el caso, por ejemplo, de los jefes guerreros caídos en batalla, que en algún momento le manifestaba la india Z'bali a Ursúa, y que el narrador nos lo cuenta de la siguiente manera citando las palabras de la india:

Le contó que en su tierra, vencido el enemigo, sólo el más poderoso de los señores era tomado prisionero, y le abrían el pecho con pedernal después de hacerle homenajes con viandas y flores, para repartirse como alimento su corazón. Así le brindaban al cautivo el honor de tratarlo como una criatura sagrada, y se apropiaban de su grandeza y de su valor por ese rito de sangre. (...) Z'bali le dijo que otros pueblos, en la llanura, devoraban a los enemigos con menos ceremonias, pero le aseguró que el suyo sólo lo hacía después de las batallas y como ritual de victoria. (Ospina, 2005: 237)

Dado el caso de que estos hechos hacían parte de algún tipo de ritual, y que también existieron comunidades indígenas salvajes, es mucho más convincente que sí haya sucedido de ese modo. También es importante resaltar, dentro de lo que atañe al valor educativo de la novela, el papel que juega la mujer dentro de la historia y el lugar que ha ocupado en ella. Así, podemos entender que una mujer como María de Carvajal, se convertiría en toda una Mariscala después de la muerte de Jorge Robledo y Pedro Briceño, primero y segundo esposo respectivamente, al lado de los cuales obtendría un poco de poder, asumiendo el dominio de las gobernaciones de algunos de sus territorios. Pero fue entonces cuando apareció de la nada Francisco Briceño, un pariente lejano del segundo esposo de la Mariscala, quien rápidamente asumiría la gobernación de Popayán

una vez muerto Belalcázar. Posteriormente, se convertiría en juez de residencia y en el nuevo amante de María de Carvajal.

Pero no podemos olvidar a Z'balli, quien sería una de las primeras mujeres de Ursúa en el Nuevo Reino de Granada. Tiempo después conocería a Teresa de Peñalver, con quien tendría una hija que nunca conoció. Y por último, sería el turno para Inés de Atienza; una princesa india, y dama española al mismo tiempo, quien se convertiría en su tercera esposa.

Los referentes esbozados previamente dan cuenta del valor educativo que tiene la novela en términos de conocer más detalladamente la historia de América, y en especial, la del territorio del Nuevo Reino de Granada que corresponde a lo que hoy día es Colombia. Sin embargo, no podemos dejar de lado el valor educativo que tiene dicho texto, en cuanto a que nos define con más precisión algunos aspectos de la historia real de manera novelada, pero que adquieren gran verosimilitud al lector.

De este modo, los ejemplos previamente señalados son una clara muestra de ello, ya que nos permite conocer así como re-conocer la mirada femenina, rescatar el valor de la mujer dentro de la obra histórica, la influencia que tuvieron muchas de ellas en los héroes de conquista, que al parecer lo único débil que tenían estos hombres era su corazón, mientras que las mujeres por su naturaleza casi indescifrable supieron desentrañar muy bien todo esto, actuar de la mejor manera, atacar contundentemente donde querían o debían dando justo en el blanco. Detalles que no siempre son conocidos, y mucho menos re-conocidos por historiadores, cronistas, escritores, críticos, académicos y aun lectores.

Adicionalmente, el componente pedagógico no solo atañe a lo que acabo de decir, sino que también corresponde hablar, o mejor, plantear un marco metodológico de acción al interior del aula de clase en relación con el trabajo que estoy presentando en este momento, en aras de justificar la validez del mismo así como la importancia que para mí requiere un proyecto como este, ya que fue realizado conscientemente pensando en los valores educativos que tiene la literatura

asociada con la historia. De ahí que la novela analizada sea sugerida como texto fundamental, para ser estudiada en las aulas de clases de bachillerato como parte del plan de estudio institucional, conforme al proceso y al plan lector previamente establecido por la institución. En ese sentido, he aquí el plan metodológico a desarrollar.

6.1 Metodología

- Concepto o definición de literatura (perspectiva desde varios autores).
- Definición de literatura histórica (aproximación desde varios referentes teóricos).
- La literatura ligada a la historia.
- Literatura, historia y ficción narrativa.
- Contextualización del autor y su obra.
- Socialización de la temática a estudiar.
- Planteamiento de lectura individual y colectiva.
- Mesa redonda.
- Análisis individual que conlleve a una reflexión colectiva.
- Discusión crítico-constructiva que aporte al desarrollo y al fortalecimiento de la cátedra.
- Ejercicios de lectura y escritura (ensayo, informes de lectura, reseñas).
- Participación oral a manera de sustentación que evidencie la realización del trabajo escrito, al mismo tiempo que permita fortalecer la capacidad interpretativa y argumentativa de los educandos.

Las ideas presentadas anteriormente corresponden al corpus metodológico que propongo como parte complementaria del presente trabajo, y que, pretendo llevar a cabo en algún momento de mi ejercicio docente en función de la literatura, la historia y por supuesto la educación.

7. CONCLUSIONES

El resultado del presente trabajo se fundamentó exclusivamente en el presupuesto de la narrativa histórica latinoamericana (en el contexto de la Conquista de América), más concretamente en lo que atañe al género de *novela histórica*. De ahí, que el respectivo análisis se haya basado específicamente en la *realidad histórica* y en la *ficción narrativa* de la novela *Ursúa* del escritor colombiano William Ospina, por considerarla paradigmática en lo referente a dicho género narrativo, ya que en ella el escritor expone claramente episodios históricos de una realidad pretérita correspondiente a la época de la Conquista de América (siglo XVI), periodo sobre el cual el autor cimenta su obra literaria intentando reconstruir de manera artística y fidedigna los sucesos acaecidos durante aquél tiempo; por lo cual, la temática presentada en la respectiva novela, procura conservar las características esenciales y los principales elementos que constituyen dicha época. Esto lo podemos evidenciar en la representación que el artista literario hace de los personajes (especialmente de los verdaderamente históricos), ciñéndose lo más que se pueda a la realidad histórica de ése momento; en la descripción de las comunidades indígenas, tanto en sus costumbres y tradiciones como en los enfrentamientos bélicos con los españoles, producto de ese mismo encuentro de culturas y de mundos distintos, de modos de vida y de visiones ideológicas de ambos bandos; en últimas, de la representación socio-cultural y política de entonces.

En cuanto a la ficción narrativa debemos decir que es el resultado de la creación literaria, que si bien se basa en un pasado histórico real debidamente documentado por el escritor, también es cierto que resulta ineludible desligar el elemento ficcional de la realidad histórica en tanto que forma parte de lo literario. En ese orden de ideas, hay que entender la ficción narrativa (lo literario) como el elemento complementario de la realidad histórica (pasado historiográfico), puesto que viene a suplir ciertas falencias o necesidades en cuanto al contenido de la obra como tal y su posterior desarrollo, de manera que haya coherencia, cohesión

y concordancia en el hilo conductor de la misma, para que alcance el mayor grado de verosimilitud posible en términos narrativos e históricos, siendo creíble y aceptada por los lectores y la crítica especializada dentro del género literario en el que se halla inscrita.

Sin embargo, la narrativa histórica tradicional (en este caso la novela) nunca pretende en modo alguno alterar la historia real, es decir, el pasado histórico, bajo el contenido de la obra literaria, por lo menos no de forma predestinada ni exagerada, si es que llega a ser necesario para efectos de congruencia literaria e histórica, como es el caso de la novela *Ursúa* que tuvo algunas alteraciones, inclusive manifestadas abiertamente por el autor en la nota explicativa al final del texto. Pero de ninguna manera se trata de un caso aislado, pues suele ocurrir muy a menudo que en las novelas de corte histórico se refleja esta necesidad, por los distintos vacíos que ha dejado a su paso la historia real a lo largo del tiempo. Por tal razón, el autor que se sumerge en este universo literario para intentar reconstruir o hacer un recuento histórico de una época determinada, busca ser fiel a la documentación histórica en la medida en que el mismo documento se lo permita, pues de lo contrario, será labor del escritor urdir con sus recursos estilísticos y literarios los vacíos que encuentre en la historia oficial como parte de la trama novelesca, pero tratando de conservar siempre el trasfondo de la realidad histórica que quiere dar a conocer; es decir, esas alteraciones sobre la historia real han de ser sutiles y casi imperceptibles para lograr el efecto que se pretende o desea con la materia histórica narrada.

Finalmente, el escritor se asume como artista literario capaz de moldear conscientemente la obra en su conjunto, de acuerdo con sus intereses y dependiendo de las necesidades que le imponga su trabajo artístico. Asimismo, en este caso puntual, Pedro de Ursúa es el principal ente literario de la novela y probablemente el de mayor exigencia para el autor, pero no solamente porque sea el personaje heroico y antagónico a la vez, no se trata simplemente de que sea un personaje literario, sino que es ante todo un personaje histórico real alrededor del cual gira toda la trama histórica y ficticia de la novela.

8. BIBLIOGRAFÍA

ALEMANY Bay, Carmen. Recuento de las aportaciones de las narradoras latinoamericanas a la historia colonial. AMERICA SIN NOMBRE. Boletín de la Unidad de Investigación de la Universidad de Alicante: "Recuperaciones del mundo precolombino y colonial en el siglo XX hispanoamericano" N°s 9-10, noviembre de 2007.

DE AGUIAR E SILVA, Vítor Manuel. Teoría de la literatura. Ed. Gredos: 1972.

MENTON, Seymour. La Nueva Novela Histórica de la América Latina, 1979-1992. Ed. Fondo de Cultura Económica: México, 1993.

OSPINA, William. URSÚA. Ed. Alfaguara: Bogotá, 2005.

ROSE de Fuggle, Sonia. La Nueva Novela Histórica Hispanoamericana: 1 Foro Hispánico. TCLA, Universidad de Leiden & CIAEC, Sorbonne Nouvelle-Paris III, 1991.

ROSENBLATT, Louise Michelle. La literatura como exploración. Ed. Fondo de Cultura Económica: México, 2002.

SPANG, Kurt. ARELLANO, Ignacio. MATA, Carlos. La novela Histórica. Ed. Eunsa: Navarra, 1995.

VALENCIA Solanilla, César. La escala invertida. Ensayos sobre literatura y modernidad. Literatura precolombina: la visión de los vencidos. Ed. Fondo Mixto de Cultura del Tolima. Gráficas Olímpica: Pereira, 1996.